



Las aventuras de el Salustio y el Trubico.  
Alfonso Alcalde

Para ti, Hilario, esperando que cuando seas grande te sigas riendo de todo, igual que ahora.

El autor

Alfonso Alcalde es uno de los escritores más interesantes y representativos de la actualidad. Nacido en Punta Arenas, Alcalde ha vivido buena parte de su vida en la zona de Concepción, que conoce como la palma de su mano. Los trabajadores del carbón, los pescadores artesanales del litoral, los humildes sub-proletarios que transitan por los barrios marginales de la ciudad son, para este escritor, conocidos íntimos y de siempre. Un testimonio reciente de esta compenetración entre el novelista y la gente de Lota y Coronel es su " Reportaje al carbón", que acaba de ser editado en la colección "Nosotros los chilenos".

Alfonso Alcalde publicó su primer libro hace bastante tiempo, antes de la represión. Fue un texto de poesía, "Balada de la ciudad perdida", que mereciera los elogios de Pablo Neruda. Después de largo tiempo, en el decenio del 60, retomó Alcalde su trabajo poético, publicando, entre otros importantes libros, su caudaloso y admirable "El

panorama ante nosotros”, vasto tejido épico, crónica y lírica al mismo tiempo, de una gesta colectiva de fundación y sufrimiento.

Pero, indudablemente, la contribución más significativa de este escritor a las letras contemporáneas de Chile se sitúa en el cuento. Sobre todo, en este último género, en el cual ya ha escrito un puñado de relatos magistrales, clásicos precoces en el arte de la ternura y de la emoción.

“ El auriga Tristán Cardenilla” y “Alegría Provisoria” son sus libros principales de narraciones cortas. Renueva en ellos, en el mundo del circo y de animales que nos propone, los viejos temas de las fábulas, y de un modo chileno y continental, a la vez, nos transparenta la riqueza secreta de nuestro pueblo, esa escondida tras la miseria y sus harapos.

J G

## A QUIEN LE INTERESE

De la cintura para arriba y de la cintura para abajo, los cuentos populares de antaño escarbaron el alma, los trabajos y la conducta de muchos de nuestros compatriotas. Iba la micro rural a bandazos y los pasajeros blasfemaban ingenio disparando con tallas, gallinas, canastos y huevos. Hubo desde bautizos moros hasta sombreros botados en el camino escondiendo la mansa caca. Nos reímos de frailes, cornudos, matasanos, fornicadores buenos para el diente y matronas de sustentado busto. A muchas las ajaban con la uña, otras terminaron en posición decúbito dorsal para delite de los usuarios.

*El Salustio* y *El Trúbico*, que ya pagaron el noviciado en muchos de mis cuentos: "Los maestrillos", "Pintar por poca plata", "La amistad más pura", "Los socios", "El sentimiento que te di", se ponen ahora a recorrer estas impertinencias, estas goloserías materiales, estas tribulaciones que escuecen otra realidad que no por verdadera es menos cierta. Los dos socios no han sacado "patente de ingeniosos, ni de hazmerreír, pero consideran como una verdadera desgracia nacional el hecho de que un pueblo como el nuestro sólo descargue su emotividad a la hora de la sobremesa en los "Quitapenas". Se trata, entonces, de movilizar esta fortuna del humor que nos cayó en gracia para desdicha de los tontos graves y de los huevones a la vela.

Alfonso Alcalde

## CUANDO SON CONTRATADOS PARA CAMBIARLES EL COLOR A LOS CONGRIOS NEGROS EN EL GALPON DE LA CICATRIZ CON ECO EN EL PUERTO DE SAN VICENTE.

Una vez que andábamos fallos al oro con *El Salustio* le conversé: "¿Qué le parece si echamos un luqui por San Vicente y a lo mejor sacamos el día?"

El compadre terminó de despertar y partimos. Nos bajamos en la picada "La mancha de las velas". Entonces me pegó un codazo pa alertarme: "Escucha, pailón". Al lado, otros emparafinados estaban dando la noticia: "*La cicatriz con eco* necesita pintores". A los diez minutos tocamos la puerta del clandestino, porque la dueña se dedica al expendio de bebidas sin patente y también le trabaja la sierra ahumada, pero para su propia clientela. Ella misma en persona nos abrió la puerta. Dicen que el firmeza que tiene,

llegando la noche, le pasa una espátula pa ocuparla, porque tiene hollín y humo por todas partes y nunca se sabe pa qué lado está ubicada.

*El Salustio* se encargó de las presentaciones:

—Nosotros estamos dispuestos a prestar nuestros servicios profesionales. Usted sabe que somos como tontos pa la pintura.

—Les conozco la última gracia que hicieron —dijo la vieja con mala intención.

—¿Cuál será? —preguntamos con toda inocencia.

—No se vengán a hacer los cuchos conmigo. ¿O es que se olvidaron cuando subieron al *Indus 3* de los Macaya y lo pintarrajearon tantas veces que el buque se fue a pique de un viaje?

—Ahora la cosa es distinta —se defendió *El Salustio*.

La vieja terminó ablandándose después que le contamos que vivíamos tirándonos por el alambre. Pasamos respirando para adentro para evitar que la atmósfera se recargara con el metasulfito propio. Explicó *La cicatriz con eco*:

—El negocio de los congrios se fue a las pailas. Salen puros negros y pagan muy poco. En cambio los colorados andan por las nubes y cobran un ojo de la cara, pero los diablos no pican ni por travesura.

Se acercó a los maestros para hacerles esta confidencia:

—Lo que yo quiero es que ustedes pinten los "monos" y los dejen más colorados que jaibas.

*El Salustio*, que siempre ha sido tan bruto, se dio media vuelta:

—Ah, no —dijo—. Mi religión no me lo permite. Usted le quiere meter gato por liebre a la clientela —agregó hecho un quique.

—De eso se trata —le contesté, tratando de explicarle la situación—. Total, si no los pintamos nosotros, no faltará un vivaracho que lo haga.

—También es cierto —contestó con algo de resignación, retrocediendo:

—¿Quién pone los materiales? .

—De eso me encargo yo —dijo *La cicatriz con eco*—. Y no sólo eso. También se van a ir de anticipo.

—Con tal que sea un par de guatas de ranas —exigió *El Salustio*. Partimos y volvimos. Nos esperaba una montaña de congrios. La viejuca se sorprendió al vernos regresar con la colección de tarros de pintura y los pinceles de pelo de camello.

—No se preocupe —le dijimos, pasándole la brocha gorda con pintura verde por la cara para entrar en confianza.

*El Salustio*, que siempre es tan atravesado, preguntó:

—¿Quiere que los barnicemos al pájaro verde o a la piroxilina?

Yo traduje la frase al vuelo y le dije:

—Lo que mi compadre pregunta, señora *Cicatriz con eco*, es si desea los pescados con brillo natural o artificial.

—Sencillo no más. Así sacan más pronto la tarea. Y no olviden que por cada congrio pintado como es debido van a ganar una luca.

El compadre sopló:

—Esto es igual que el negocio de las picanas. Una picana, una luca. Un congrio, otra luca.

Le pedimos a la viejuca que se juera, porque nosotros necesitamos la tranquilidad pa trabajar. No es cuestión de agarrar la brocha y empezar a pintar como locos. Y hay días que uno está con toda la cuerda y otros no. Cuando nos encachamos con la muralla de la cárcel demoramos como dos meses, porque andábamos volando bajo y la pintamos de adentro pa afuera.

*El Salustio* desembuchó el pincel más delgado, abriendo el tarro de pintura blanca.

— ¿Hai visto alguna vez en tu vida un congrio con anteojos? -No.'

—Ahora lo vai a ver —dijo, terminando de hacerle dos enormes redondeilas.

— ¿Y qué esperái pa entrar a funcionar? me provocó, mientras yo seguía con las manos en los bolsillos. —Estoy esperando que terminen de dar vuelta las ideas por la cabeza mía.

*El Salustio* se despachó seis congrios, pintándolos color naranja y yema de huevo. A uno le agregó la casa y el mástil con la bandera chilena al tope y el perro olfateando a un par de vecinas que pasaban en ese momento y una carretela.

—Me vai a disculpar —dijo todo fantasioso—. A éste cuadro le voy a poner la rúbrica, no vaya a ser cosa que un día nos coloquemos famosos.

—Oye, *Salustio* —le contesté un poco picado—. Lo que es yo, me voy a ir de mural.

—No te entiendo.

— ¿Qué te parece si agarramos unos diez pescados, los ponemos en fila y les pintamos encima del lomo la batalla de Rancagua o cuando Manuel Rodríguez dejó ni que media escoba en Colchagua?

El compadre se pegó la palmada.

—Tenis la razón —reconoció—, porque así nos cunde más la pega y no se nota tanto que he estamos trabajando por las puras lucas.

Nos dividimos la tarea.

Yo agarré por el lado de los próceres cuando se van de abrazo después de la balacera y los soldados gritaban: ¡Como Coló Coló no hay!, mientras algún comedido salía al buscar la chichita pa armar la fiesta.

—Porque no todo ha de tener gusto a pólvora —decía *El Salustio*, justificándose.

Yo le advertí al compadre:

—A lo mejor los fusiles no van a salir ni parecidos, pero tenemos que meter también los cañones v la tropa y no dejar a nadie afuera.

Con lo tembleque del pulso y lo resbaladizo de los congrios, los colores salían disparados y los caballos de los generales parecían de goma, con las patas redondas.

*El Salustio*, que siempre ha sido tan detallista, se empeñaba en ponerles hasta bigotes a los soldados, y luego le vino un arrebató religioso y empezó a ubicar a la Virgen del Carmen encima de la cola de un pescado, diciendo que había llegado el milagro y con ese motivo rezaba como si se juera a terminar el mundo. Después se le cruzó la idea de pintar un edificio de departamentos como de quince pisos. Armó la ruma de los negros y en cada ventana aparecía una profesora de esas jubiladas con el pelo color castaño seco cuando les viene la retención de la orina por causa de la soltería. A los generales el compadre terminó pintándolos color obispo, y pa diferenciarlos de la tropa les inventó unos inmensos mostachos que casi le ocupaban un congrio entero, v por esos caprichos de él aparecían con los ojos idos, trúbicos. Después fuimos retratando de memoria los familiares nuestros.

Entonces fue apareciendo *La Flaca*, cuando era joven, eso sí, sin arrugas y el choclo completo, pero se le notaba el afeitado con navaja de ciertas presas. Y como *el Salustio* siempre se las da de gracioso con la desgracia ajena, le colgó de los pelos de las patas una gorra de mi general y hasta una cantimplora. Ahí se armó la discusión, porque yo le dije que quién era el arte para meterse en la vida privada de las personas y mostrar a la gente tan al desnudo que iba en contra de su reputación, lo que podría servir pa darles argumento a las comadres del barrio, que siempre andan al cateo de la laucha en relación con el chisme.



También fue apareciendo *La jarabe de metapío*, que por tener un problema con la glándula tuvimos que ocupar tres congrios pa que no le saliera cortada la cabeza ni el cachete izquierdo, que era muy abundante.

Apareció con la fuente comiéndose su medio pollo, que es lo primero que traga pa entrar en confianza, fuera de su media docena de huevos duros, el costillar de choncho, la longaniza y los mariscos, que se los comía como postre, como ser una sentada de erizos y piures. Ella era como fideo cuando la subieron al altar, pero al poco tiempo fue descubriendo que su marido le golpeaba firme la nuca y pa puro vengarse empezó a comer, a comer. Ya al final del primer año de matrimonio, de consecuencia de los animales que se había tragado, los pollos y los chanchos, subió a la bonita suma de 176 kilos al aire libre. Lo malo es que la comadre sólo engordaba de ciertas presas y de otras no, con decirles que un día llamó a la puerta un empresario de un circo y la quiso contratar como fenómeno para hacer las delicias de la concurrencia.

—Le falta más color a la batalla —protestó *El Salustio*.

Entonces dejamos caer unos nubarrones color mostaza y concho de vino entre los soldados.

—Están muy pálidos los conscriptos —sentenció el compadre.

Les pintamos los cachetes por parejo a los que estaban en las trincheras, haciendo su asaíto caído, pero se notaba que los soldados enemigos tenían buen olfato y muchos pedían una tregua pa untar el pan con el jugo y después seguía el tiroteo duro y parejo. Los generales montaban sus blancos caballos —turnos también—, como si supieran que estaban posando pa nosotros, con un aire distinguido y sin hacer sus necesidades en ningún momento.

Al *Salustio* le dio por poner a los ñatos de la Cruz Roja, que corrían de un lado pa otro de la cancha llevando ¡los heridos, que por el solo hecho de salir en el retrato mostraban su mejor cara y hasta levantaban la mano pa identificarse.

Yo, por mi parte, aproveché la oportunidad de irme de autorretrato y salí parecido, según dijo el compadre, que me arregló la parte de la cabeza que en la vida real la tengo más bien cuadrada, tipo pepino.

El otro mural que nos dio oportunidad pa demostrar que éramos pintores pasando por nuestro mejor momento, fue el cuadro que intitulamos: "El incendio y pa más recacha el terremoto de Valparaíso".

*El Salustio* pintó damnificados pal mundo: cojos, mancos, mujeres en pelota, pescadores, curas, vendedores ambulantes, conchuchos, y los gallos con la caña, al fondo. Los incendios eran tan reales, que empezamos a sentir el olor a fritanga y la gallada, oiga, bajando de los cerros con sus canastos y esos retratos en colores de los abuelos y la cabrería y los perros y también los evangélicos que no sé por qué tienen cara de serrucho y los colegiales y los capitanes de buque con la bolsita de maní al lado y los heladeros y los que limpian las alcantarillas y los que venden huesillos con mote y la señora con arrepentimiento qué se confesaba de rodillas delante de su propio marido, diciendo: "Eufrasio, m'hijito, ahora que somos iguales frente a la pelada, le ruego que me disculpe por habérmelo gorreado tanto", y entonces empezaban las fletas, el marido disparando patadas, combos y su escupo en el ojo mientras entraban a tallar los canutos, poniendo a los contrincantes en sus respectivos rincones, exigiéndoles cumplir el reglamento del box.

—Con esta obra —dijo *El Salustio*, mirando el cuadro desde lejos— nos vamos a hacer famosos en menos que canta un gallo. Lo que pasa es que los colegas pintores tienen miedo de poner la chusmeque tal cual. Y sin mayores comentarios le agregó a la fiesta un obispo y un jugador de fútbol declarando a los periodistas: "Estamos bien física y anímicamente y esperamos no defraudar a la hinchada", con decirle que estaba tan embalado que se le terminaron los congrios y siguió pintando la pared y todo lo que encontraba a su paso, risollando como si estuviera herido y echando espuma por la boca.

Como nos habíamos cerrado de puerta, *La cicatriz con eco* tuvo que llamar a los bomberos para abrirla, porque nosotros llegamos a quedar sordos con la inspiración que nos llegó de golpe.

—¿Qué es lo que han hecho? —gritó la vieja al aparecer frente a sus ojos los pescados más tiesos que sábana de monja.

El *Salustio* le contestó:

— ¿Que no te dai cuenta que aquí tenis una verdadera obra de arte, dignorante?

Uno de los bomberos, que todavía estaba con el hacha en la mano, se acercó al mural del puerto y, al mirar uno de los congrios, se puso a llorar mientras repetía:

—Hermanito, hermanito, fíjate dónde te fui a encontrar. —Después nos explicó en medio del lloriqueo—: Este gallo se fue de la casa hace como diez años y ya lo habíamos dado por muerto, y ahora mire adonde está. Si salió igualito, un poco más viejo, eso sí, y hasta le han brotado las canas. —Y volvía a abrazarlo. Luego le preguntó a- *La cicatriz con eco*—: Dígame cuánto vale el pescado para llevármelo a la casa y mostrárselo a mi mamá, que no va a creer en el milagro.

El *Salustio*, que es harto comerciante pa sus cosas, le agregó:

— ¿Por qué no se lleva este otro mono también, donde sale una calle y la dirección?, así ya no se equivoca tanto cuando vaya a buscarlo en persona.

—Buena idea —contestó el hombre de casco negro, sacando un fajo de billetes, escupiéndolos para contarlos.

Llegaron otras vecinas del barrio y empezaron las sorpresas. Una de ellas, *La ombligo flojo*, regresó con un cuchillo, gritando: —Me van a perdonar, pero a este gallo se la tengo jurada después de la que me hizo. —Tuvimos que dominarla porque estaba dispuesta a todo. Contó su tragedia—: ¿No ve que mandó a decir que se había ido a pique en el buque que trabajaba y que lo diera por muerto y desaparecido? Pero ya me habían pasado el soplo que estaba en Valparaíso viviendo con una gorda alimentada con desperdicios. —Y le lanzó una puñalada tan certera, oiga, que lo dejó marcado para el resto de sus días.

El culpable de todo el enredo fue El *Salustio*, que con lo porfiado que es cuando se monta en el macho no hay quien lo baje.

Yo le había advertido: "Mejor será no meternos en líos de casados". Pero nada.

Las señoras damnificadas organizaron el Comité, y el primer acuerdo fue partir a rescatar a los prófugos que habían apretado cueva a su debido tiempo. Nosotros tratamos por todos los medios de decirles que el mural era una fantasía. No quisieron escuchar.

— ¿Cómo va a ser tanta la coincidencia? — dijo una de las damnificadas—, cuando *El afrecho'e vidrio*, que es mi esposo, le sale en el cuadro con el colmillo de menos que le falta. ¿Cómo va a ser tanta la coincidencia?

—Es que en el arte —trató inútilmente de explicar *El Salustio*— las personas no son las personas con el domicilio reconocido, las cicatrices y los várices.

—Así será —afirmó una vieja en forma rotunda—, pero lo que es yo parto a traerme de una bola al *Pichanga de ave*, que es el alias que le tienen puesto a mi marido. Hace como quince años que salió a comprar cigarrillos y nunca más se supo. Ojalá .no se haya atosigado con el humo.

*La cicatriz con eco*, después de escuchar las amenazas, siguió llorando.

—Esta es la ruina —repetía.

—Un momento —gritó un caballero de barba terminada en punta, llegando al galpón—. Yo soy —aseguró— el jefe del Museo de Arte Moderno. ¿Cuánto valen sus cuadros, señora?

— ¿Los de lana? —consultó la aludida, mostrando los calzones.

—No. Esta maravilla que están viendo mis ojos y que se tragará la tierra.

—No son cuadros, señor —aclaró la afectada—. Si debajo están los congrios.

—Usted no tiene sensibilidad para descubrir dónde está la belleza, señora.

—Eso mismo —se colgó *El Salustio*—. ¿No ve que se fija en las puras agallas de los animalitos? En el continente y no en el contenido.

El barbón sacó a relucir el oro.

—Esto no tiene precio —aclaró, pasándole a *La cicatriz con eco* la tucada—. Yo me los llevo todos. —Y dándonos un abrazo ordenó que se los embalaran con mucho cuidado y con hielo.

Cuando dejamos la bodega, un grupo de aprovechistas nos subieron en andas, llevándonos hasta el bar del *Patas cortas*, interesados en celebrar el acontecimiento. Y como se corrió la bola, empezaron a llegar los sedientos y nos fuimos de autógrafo por primera vez en nuestra vida de artistas. *El Salustio* dio una orden:

—Pongan vino como si no lo juéramos a pagar nosotros.

La concurrencia gritaba:

— ¡Vivan los pintores de brocha gorda!

—Todo sea por el arte —gritó alguien, dando curso a la tomatara.

Uno de los parroquianos hizo sonar la copa con un tenedor, improvisando un discurso:

-Por los Van Goghes, los Cézannes y los Dolipenes aquí presentes —dijo, sin poder ocultar su emoción.

CUANDO EL SALUSTÍO LLEGA A UN HOTEL BUSCANDO PIEZA PARA ACOSTARSE CON UNA PERICA Y ENTABLA AMISTAD CON EL MARINERO SUBIABRE Y SU MUJER, LA MARGARITA, MADRE DE LA GUAGUA, Y TERMINAN COMO PADRI NOS.

### *Seis de la tarde*

La fuente de soda lleva por título "El ojo de la papa". Era su propietario un hombrón de sesenta y dos años venido del norte con patente de comerciante y jubilado de la marina. Daba la impresión de ser tan viejo como la edad que tenía marcada en el rostro, más bien obeso, con las mandíbulas cuadradas y de aspecto huraño, pero sólo en apariencia. Se le conocían mujeres ocasionales, que pasaban a su lado cortas temporadas con el carácter de "ayudantes", atendiendo a la clientela, preparando el menú popular con la cazuela, el pescado frito y el arvejado. Si bien era dicharachero, guardaba silencio en el curso del día y sólo al promediar la noche, tal vez como un hábito, soltaba la lengua. Los que conocían sus mañas se acercaban a esa hora para bolsarle algún trago al precio de tener que escuchar sus historias con marineros y contrabandistas y algunas mujeres sin destino que le endulzaron alguna vez la vida. Se defendía con la jubilación y puso el negocio para no pasar las horas dándole vuelta al pasado, a los hijos que se le desbandaron, a los errores cometidos, a los amigos dispersos. Entonces fue cuando compró los cachivaches en un remate: las mesas con cubierta de plástico y las sillas y la cafetera vieja y luego se fue armando de a poco con la cocina y la fiambarrera con rejilla para guardar la mortadela y el queso.

A una de las mesoneras se le conocía en el barrio como *La Flaca*, Era hija de un obrero despedido de la fábrica por caído al chuico. Al dueño del negocio le gustaba poner el parlante a todo volumen y escuchar los bailables de la Pacífico y también los programas de boleros. "El ojo de la papa" era un lugar de paso para los trabajadores de algunas pequeñas industrias de los alrededores, los choferes del terminal de micros y los maestros chasquillas con el maletín de lata.

*El Salustio* entró por casualidad, muerto de la sed, el día que le pasaron el dato de una cocina económica que andaba buscando para empezar de nuevo su vida. La mujer anterior se había llevado todos los enseres de la casa, además de la garlopa y el caudín que guardaba para recordar otras épocas de su vida cuando fue carpintero y gásfiter. *La Flaca* se dio cuenta que no era del barrio por la vestimenta y el jopo.

—Póngase otra. — ¿Igual?

—Igual. Helada, eso sí. Yo soy muy seco pa la pílser.

—Sí, ya veo.

—Con decirle que una vez me tomé una caja.

— ¿Una caja? ¿Se enfermaría de los riñones!

—No. Es que mi ponchera da pa mucho

— ¿Se curaría?

— ¡Se le ocurre! ¿No ve que uno va tomando y despachando? Es cuestión de correr al doble BC y vámosle poniendo.

—A lo mejor pasará el río también cuando se acuesta.

—No. Yo le controlo muy bien el espiche.

—Pero con tanto líquido.  
— Pa mí las urinarias no tienen ningún secreto: igual que una llave, fíjese. ¿Y usted? —¿Yo?  
— ¿Usted expele el líquido elemento? —Hace cinco minutos que llegó aquí y ya me está hablando de esas leseras. — ¿Se sirve alguna cosita pa amenizar? —No, ninguna cosa. *El Salustio* se acomodó, volcando el peso del cuerpo en un codo. — ¿Algún refresquito? —Ya le dije que no. ¿Usted es sordo, por acaso? Aquí estamos pa atender a la clientela y no pa andarles fiestando a los hombres.  
—Pero aunque más no sea una bebida de fantasía.  
—El patrón es un viejo muy mañoso y nos tiene prohibido.  
—¿Usted siempre fue tan fruncida pa sus cosas?  
—Sí no es que sea fruncida. Lo que pasa es que tengo que defender la pega.  
—Si yo no me vengo nada a ofrecer de mesonero. Es pa que se moje los labios.  
—El patrón no deja pasar una.  
—Güeña, Escuti, oh.  
—Fíjese que ya echó a tres compañeras por la misma cuestión de ponerse chinchosas con los clientes.  
—¿Se fueron? ¿Y dónde están ahora?  
—De patín dicen que practican. Por eso yo no me doy con nadie.  
—Pero será aquí en la pega. Ajuera debe ser distinto.  
—Aquí y en todas partes. El viejo es muy estricto y caprichoso más encima.  
—¿Por qué no me presenta a su patrón pa aforrármelo?  
—Es muy seco pa los combos. Dicen que fue boxeador en su juventud.  
  
—Pero díganle dónde está pa volarle la cabeza de un solo combo.  
—Mírelo con disimulo. Está sentado detrás de la caja.  
—Oiga, ni que medio ropero. ¿Es cierto que fue campeón, entonces?  
— ¿No le estoy diciendo?  
— ¿Pero campeón o aficionado? Mejor será que no me desgracie con él.  
— ¿Le entró el julepe?  
—No. Si es pa evitar una desgracia. El pobre viejo quizás cuánta familia tiene a sus expensas. Yo soy muy humano pa mis cosas. ¿Y cómo dijo que se llamaba?  
—¿Y pa qué quiere saber mi nombre? Lo vengo conociendo y ya empezó a tirarse.  
—Todavía no, m'hijita. Yo no soy embalado, fíjese. Ya, pues. No se haga de rogar.  
¿Cómo le pusieron cuando le tiraron agüita en la iglesia? —Rosalía.  
  
—¿Rosalía? Lindo nombre. Mucho con las flores.  
—También me dicen *La Flaca*.  
—Eso no es nada. A mí me conocen como *El Salustio*, pero ése no es mí nombre verdadero.  
— ¿De pila, dice usted?  
— ¿Y por qué la apelan *La Flaca*, cuando por lo visto es bien rellena de todas partes? Es como papita rellena, pa hacerle una mala comparación.  
—Eso era de antes. ¿No ve que soy operada?  
— ¿Y de dónde, si no es mucho preguntar?  
—De los interiores. Pero ya quedé bien.  
—Más o menos le anduvieron acortando el livis, entonces.  
—No. Dijeron que era una funcia de la visícula.  
  
— ¿Pero no le quedó nada tirante?  
—Se le ocurre. El doctor que me operó tenía muy buenas manos. Por eso usted me ve como me ve.  
—Y se le llenaron los cachetitos también.  
—No se burle, oiga.  
—Operadita y todo, fíjese que a mi me gusta su persona.



—Usted parece que tiene más pieses que la Parada Militar.

—La vi y dije: tate. Esta es la perica que me había recomendado el médico. ¿Y usted no se compadecería de este enfermo?

La mesonera se arregló el moño, buscándose el rostro en un reflejo del vidrio de una de las ventanas.

—Oiga, esos ojitos que tiene usted. Tan grandes y del mismo color. Parece que fue la primera en llegar a la repartija.

—No se juegue, ah.

—Y como si fuera poco, los tiene a cada lado de la cara.

—¿Por qué no va a chacotear a otra parte?

—Y esa naricita con los dos hoyitos pa arriba. Ni que se la hubieran dibujado.

—Tómese tranquilo su pílser y no venga a reírse de una.

—No le estoy diciendo. Y la casualidad pa grande que tenga la espalda en la parte de atrás.

—Me está cayendo mal, fíjese.

—¡Y esos trutros!, y pa más recacha los dos le llegan al suelo.

—El güen ojo que tiene. ¿Dónde aprendió a decir tantas leseras juntas?

—¡Y si así son los rieles, cómo será la estación!

—Córtela, le digo.

—¿Y el saldo que se ve es de verdad?

— ¡La preguntita suya! Mire que no va a ser de verdad.

—¿Por qué no me deja que la atoque pa desengañarme por mí mismo? La criatura en todo caso no se le va a morir de hambre.

—¿Qué es lo que está diciendo? A usted le dan la mano y se toma el resto.

—Póngase la otra.

-- Mejor será que se coma un sánguche, porque ya veo que se me va a salir curando.

—¿Curarme yo con tres pílser? Se nota que no me conoce. Si yo le he ganado hasta campeonatos tomando cerveza.

—¿De queso o mortadela?

—¿Usted lo va a preparar con sus propias manos? Entonces, como sea su cariño.

—Ya, pues, decídase.

—Si yo ya estoy decidido. ¿A qué hora me la vengo a buscar?

—Se lo voy a hacer doble pa que le afirme el estómago.

—No se preocupe. Oiga, m'hijita. ¿Usted no es de aquí?

—No.

—Yo tampoco, fíjese.

—El gusto de meterle conversa a una.

—Yo soy muy franco pa mis cosas. La franqueza ante todo. Por eso es que quiero embarcarme con su persona.

—Usted es puro chicha fresca. ¿A cuántas les dirá lo mismo?

—No, pues. Si no es cuestión de arrastrarle el poncho a cualquiera XX.

—Porque gente necesitada nunca falta.

—Usted me gustó de un viaje. ¿Y quiere que le diga una cosa, aunque me rete?

—Ya va a salir con otro disparate.

—Yo. . . a usted le pondría pieza. Pieza 50 con lavatorio. ¿Cómo lo halla? Lavatorio de porcelana, eso sí.

—Chis, cuéntese una nueva.

—¿Es que no da crédito a mis palabras, entonces?

—Usted cree que yo le soy caída del catre. ¿Por qué no me sopla este ojito?

—Si así es su deseo, le soplo los dos juntos. Escúcheme bien. Quiero ponerle pieza completa, m'hijita. Hasta con la mesa y la correspondiente vajilla, u sea la taza, la cuchara y la bacinica. Porque hay que ser práctico. Yo soy muy práctico pa mis cosas.

—¿Y cuántas otras tendrá también encerradas en la pieza?

—No, m'hijita. Aclaremos la custión. Si ésta no es nada repartija de piezas. Con decirle que acabo de comprar la cocina económica. Ni que me lo hubieran anunciado, fíjese. Sería el presentimiento.

—¿De cuántos platos es la cocina, pa curiosear?

—De dos. Uno pa usted y el otro pa mí. Y el horno. Está malo, pero es horno. ¿En qué topamos entonces?

—No hable itan fuerte, que puede escuchar el patrón.

— ¡Y que oiga! ¿O usted está enredada con el viejo?

—Se le ocurre: soy soltera.

—Y pa que se lo voy a mandar a decil: ¿Practica?

—Usted se está pasando de atrevido.

—Pero su compromiso tendrá por ahí. ¿Cómo una perra choca como usted va a estar vacante?

—Yo soy quemada pa los hombres, fíjese. No me risultan.

—¿Pero quién la manda a enamorarse de los ciegos?

—También es cierto, ¿no?

—Debe ser muy regodiona. A saber, ¿cuál es su tipo ideáis?

—Pa mi gusto que sea trabajador. Que responda.

—Tres al hilo por la parte baja, m'hijita.

—Que sea cariñoso y que se cure en la casa y que una no tenga que andar buscándolo por los bares.

—Pero, mi perra, ¿pa qué seguimos hablando entonces? Si aquí está su modelo. Le aseguro que no se va a encontrar en otra.

—Es que como a una la ven siempre sola le tratan de meter el dedo en la boca.

—Mal hecho, pues, m'hijita. Yo no soy como esos huevones. Yo soy muy distinto. Ya va a ver usted si me da la oportunidad.

—Después que se aprovechan andan con la burla.

— ¿Sabe qué más? Yo a usted me la comería con zapatos y todo.

—Usted que es, oiga. ¡Lo escuchara su señora!

—Si ella no tiene nada que escucharme, porque soy soltero.

— ¿Soltero?

—Solterito. Míreme los dos. Nada de argolla.

—A lo mejor se la saca cuando anda juera de la casa.

—Si yo soy muy exigente pa mis cosas. El día que suba al altar tendrá que ser con una perica como usted, que me haga el peso.

— ¿A cuántas les habrá ofrecido matrimonio, no?

—Sin cocina económica, pa serle franco.

—Una queda media curtida después de tanto engaño que le han hecho. ¿No ve que se empieza a ver la vida toda pintada?

— ¿Qué sacamos con repelarnos de lo que ya pasó? Güeno. ¿A qué hora?

—Está lloviendo.

— ¿Usted acaso le tiene miedo a la lluvia? Yo la invito a mojarnos por dentro, m'hiji ta.

—Hasta una pulmonía podemos agarrar.

—Mire. Salimos, ¿ah? Comimos algo pa entrar en calor. ¿Quibo?

—No sé qué decirle, fíjese. Porque si le digo que bueno, a lo mejor usted qué se va a creer de mí. . .

—No se preocupe.

—Pero después me tiene que ir a dejar a la casa, eso sí.

— ¿Y cuál es la dificultad?

—A lo mejor usted va a pensar que yo ando botada.

—Yo tengo una filosofía de la vida, m'hijita. La vida es corta y después de ésta no hay otra. Por eso hay que pasarlo bien. U sea hay que darle curso.

- ¿A qué cosa?
- Curso a la necesidad.
- Me da miedo, fíjese.
- ¿De qué? ¿O usted vino a puro sufrir a este mundo?
- Güeno, ya. Salgo a las once. Venga a buscarme a esa hora. Pero no entre. Afuerita no más.
- ¿No ve, no ve?
- Pero no se vaya a tomar la confianza.
- Chis. Se le ocurre. ¿Me da el vale, por favor?
- Son tres pílser.
- ¿Y el ságuche?
- Tese callado. Pague las tres pílser no más.

### ***Once y cuarto de la noche***

Rosalía se lavó las manos con limón, repasándose las uñas con las uñas. Estaba tranquila. No pudo evitar la sospecha del patrón, pero esta vez sin escuchar bromas. *Salustio* la esperaba debajo del paraguas y el farol. Ella iba de taco bajo. Se subieron a la micro, que los dejó en la puerta de la quinta "Sagrada familia", y entonces entraron al reservado azul con techo amarillo. Se escuchaba un vals de la Palmenia. . .

- ¿Le gustó el platito?
  - Era mucho pa mí.
  
  - Si esta sopa marinera es güena hasta pa levantar muertos. No falla.
  - Yo no me la había servido nunca. Tantas cosas que lleva, ¿no?
  - Claro. En primer lugar le figura el picoroco, que es puro firme. Ese se va directo a la boletería de las guagüitas, ji.
  - ¿Por qué dice tan feo?
  - Es que es así. Ahora con la cholga uno va a la segura también.
  - Lo que es a mí me vino el sofoco.
  - Eso no es nada. Va a ver lo que le va a pasar luego, cuando le tome presión la caldera.
  - A lo mejor me cayó mal el plato, porque siento que hasta las manos las tengo mojadas con el trapiro.
  - Es que la sustancia marítima se va hasta al zurcido de los calcetines. Si no es nada al lote la cosa.
  
  - Lo güeno es que tenía puro gusto a mar.
  - ¿Y usted le pega a la custión de la cocina?
  - Comida sencilla no más.
  - Pero pa ponerle un ejemplo. ¿Cómo le queda la cazuela? Porque la cazuela es lo principal.
  - Me queda sabrosa, siempre que no falte ni el zapallo ni el choclo.
  - ¿Y usted es muy mañosa pa servirse o come de todo?
  - Soy buena pobre. Sólo el poroto sí que no se lo como.
  - Pero el valse sí que lo baila.
  - Sí, me gusta el valse. Pa qué sé lo voy a negar.
- Salieron a la pista de baile en la mitad de la noche, dando sus saltitos, evitando pisarse, con cara de circunstancias, casi con una definitiva cara de seres humanos elaborando su alegría de vivir.
- La Palmenia canta puro güeno y le sale de adentro —afirmó *El Salustio*.
  - A mí me gustan las mariguancias que hace con las manos cuando, pa poner por caso, dice que está llorando y una se imagina que las lágrimas son de verdad. Pero no son de verdad y una igual se lo cree.
  - Parece mentira tenerla tan al lado mío. ¿Por qué no me pega un pellizco pa cerciorarme?
  - No apriete tanto. ¿No ve que sigo con el sofoco?

-Es que viéndola se me van las manos, m'hijita. Culpa mía no es que la hayan hecho tan redondita de todas partes.

—Ya empezamos. Déle machuca con su cargosidad.

— ¿Si no cómo?

— Estése quieto.

—Debe ser que me sigue haciendo el efecto la sopa marinera. ¿No ve que los picorocos le ponen la bandera al tope a uno?

—Lo que es yo, cuando estoy mareada, me pongo cariñosaza también.

—De igual manera. Ni que hubiéramos ido a la misma escuela.

—Usted que es cargado a la ternura.

—Con tal que se le pegue el Espíritu Santo...

—Parece que sigue lloviendo.

—Por mí que se venga el mundo abajo. Pa eso la tengo a mi lado.

Regresaron a sentarse.

—Acuérdese que me dijo que no se iba a tomar la confianza.

—Si lo único que le estoy tomando es la mano, m'hijita. ¿Es güeno o es malo?

—Malo, malo no es.

--¿No ve, no ve?

—Se está haciendo tarde.

— ¿Y mañana le va salir a trabajar?

—Estoy libre. Me toca turno domingo por medio.

— ¿Cuál es el apuro, entonces?

—Debe ser por la falta de costumbre. ¿Y usted en qué se aplica?

— ¿Yo? Yo le hago a todo. Pero ahora en el último tiempo me las machuco como chofer. Tengo un "Se fleta".

— ¿Un se fleta?

— Claro, un camioncito. No es muy grande. Pa qué le voy a negar una cosa por otra. Pero es camión. Lo manejo como nuevo. ¿No ve que también le pego a la mecánica? A mí no me manda nadie. Yo sólito no más.

—U sea que usted es su propio patrón y si quiere le sale a trabajar, y de no, no.

—Eso mismo. Yo no soy llamado de los

pitos . Trabajo a la propia voluntad mía. —Quién como usted.

—Fíjese que hasta nombre le pusimos al vehículo.

— ¿Cómo le dicen?

—Lo llaman "Ola cuñado". La gente también se ríe cuando ve el letrero. ¿Y a usted cuándo me la voy a fletar?

—Córrase. Me está confundiendo con la carga.

—No, si son bromas, m'hijita. Pero en serio. Cada rato que pasa me gusta más su persona. Yo iría al crimen por usted.

—No sea mentiroso.

—Se lo juro por esta luz que me alumbra.

— ¿Qué saca con hacer falsos juramentos?

— ¿Por qué no acerca su trompita pa irme de ósculo?

—Ya se está poniendo atrevido otra vez.

—Decir lo que uno siente no es pecado, mi cinco de miel.

La pareja humana se va descubriendo, se va inventando como en el primer día, cuando todo tiene el sabor de la sorpresa.

—Las manitas suaves que tiene. Parecen que fueran de seda.

-- Y eso que están en el agua casi todo el día lavando las copas.

—Siete, ocho, nueve . . ., diez. Completitos. No le falta ni un solo dedo siquiera.. —Está

fuertazo el trago. — ¿Cabezón, dice usted? —Parece que venía con malicia. Es mejor que me vaya a dejar.

— ¡Se le ocurre! ¡Si recién está empezando la fiesta! —Otro día salimos con más tiempo. —  
Tenemos toda la noche por delante. ¿O quiere achaplinarse?

—Siempre me gusta avisar cuando voy a  
llegar tarde. Con decirle que mi mamita no se duerme hasta que siente que abro la puerta.

—No se me venga a poner difícil ahora, m'hijita. ¿Acaso usted no siente algo por mí? ¿No se da  
cuenta que estoy muy empotado con su persona?

—Siento algo aquí en el pecho. Debe ser la piscóla.

—Pa qué estamos con rodeos. Es otra cosa. Pa eso usted es bien mujer. Y yo bien hombre.

—Mañana se va a reír de mí con sus amigos.

— ¡Se le ocurre! Esos ñatos nuncan pinchan nada güeno de puro hocicones que son. Conmigo  
pasa todo lo contrario.

—Después es una la que sale perjudicada.

—Le encuentro toda la razón. Pero usted tiene que fijarse a quién le da la preferencia.

—Una vez salí con un muchacho y, porque no le aguanté el salto, después se puso a hablar  
puros disparates y hasta se anduvo cachiporreando.

—De despecho sería. Según mi entendimiento, no hay nada pior que un gallo despechado que se  
ha ido por ojo.

—Y más es la mala fama que le crían a una.

—No. Conmigo está asegurada. Por eso yo le quiero proponer lo siguiente: ¿Por qué no vamos a  
hacer tuto juntos?

—¿Está malo de la cabeza?

—A lo mejor. Pero por culpa suya será.

—Ya sabía que me iba a salir con su domingo siete.

—Pero póngase en mi caso. A esta hora no la voy a invitar a rezar a la parroquia.

—Nadie le está diciendo eso.

—Según mi consentimiento, hay que encatrarse cuando hay que encatrarse. Y cuando no, no.

—Entonces no.

—No se me ponga cocreta tampoco. Si a usted (también se le está derritiendo el alrníbar.

—Tan diablazo que me jue a salir.

—Tenga confianza. Si de dolor no le va a doler. ¿No ve que yo tengo mi sistema? Me falta  
patentarlo no más.

—¿Y dónde aprendió tanta cosa, oiga?

—Mire que donde va a ser. En la Universidad de la *bida*, pues, m'hijita.

— ¿Y si me pasa algo?

— ¿Qué le va a pasar, juea de estirar los dedos de los pies como abanico de puro gusto?

—Usted dice las cosas como son. Se va por las claras.

—Así tiene que ser.

—Si llego a tener guagüita se va a correr. Eso fue que le pasó a la Gladys, mi hermana. Pero,  
gracias a Dios, sólo le ha pasado ocho veces no más.

— ¿No ve, no ve?

—Si la gente es muy maliciosa.

—Lo que es en mi caso, yo le reconozco la criatura. ¿O no vamos a estar casados?

—Si por conseguirla a una ustedes son capaces de inventar cualquier cosa. Después se olvidan.  
Se corren.

—M'hijita. Permítame que me ponga serio pa decirle una sola cosa. Yo la quiero a usted con  
todo. U sea desde los zapatos pa arriba y también pa'bajo. Ese es el sentimiento mío hacia su  
persona.

—Pero usted tiene que poner la cara cuando me vaya a dejar a la casa. ¿No ve que mi rnamacita  
me hace muchas preguntas cuando no llego a la hora?

—De eso no se preocupe. Yo respondo.

### *Dos y media de la madrugada*



La pareja humana *recorre* las calles de Santiago y los *tristes hoteles* azules y rojos. *La Flaca* y *Salustio* *siguen mudos* buscando la posibilidad de una cama y una toalla y un pequeño jabón verde con olor a pescado.

— ¿Tiene pieza?

—Se le ocurre. *Sábado* en la noche. Nada —contesta el hombre *que* está bajo la ampolleta amarilla.

— ¿Está seguro?

—Ya le dije.

—A lo mejor se desocupa alguna.

—No sea porfiado. Siga su camino.

—Es que ya hemos recorrido todos los hoteles. Y la princesa es primera vez que viene.

—No es culpa mía. Pa otra vez tienen que pedir la pieza con anticipación. ¿No ve que el sábado la gente se descarga mucho en Chile?

—Sí, sí.

—Pero de pura compasión le voy a hacer la paletaada.

—Gracias. Sólo el que ha pasado por el apuro puede entender estas cosas.

—La pieza es en tercera espera, eso sí.

— ¿Tercera espera?

—Claro. En estos momentos la pieza está ocupada por una pareja. Después va a entrar otro matrimonio. Después les tocaría a ustedes.

— ¿Y cuánto habrá que esperar?

—Esa ya no es cosa mía —responde el nochero—, sino de los matrimonios. Un par de horas será. ¿Qué menos? ¿Ustedes vienen por la noche o por el rato?

—Por la noche.

—Si quieren pueden pasar.

Entonces entran a la parte más humilde del Paraíso cruzando la soledad de un pasillo, ¡las sillas muertas, las cortinas carcomidas y, ante la sorpresa de los recién llegados, aparecen el marinero y su mujer y la guagua que no llora. El trío permanece en un rincón a la espera de la dicha de un momento.,

—Buenas noches —se adelanta *El Salustio*, apretando la cintura de *La Flaca*.

—Buenas noches —contesta el uniformado.

— ¿Aquí es donde queda el dormitorio?

—Sí, aquí es. A nosotros nos tocó en segunda espera. ¿Y ustedes?

—Nosotros después.

—No hay pieza en ninguna parte. Ni que se pusieran de acuerdo pa tirar en este país.

—Nosotros hace como dos horas que llegamos aquí. Parece que no hay esperanza. A la señora que está adentro le están dando como bombo en fiesta.

—Entonces tenemos pa rato.

—No se los puede apurar. —Eso es lo malo. Debía existir un reglamento ordenando la custión.

—También es cierto.

—Lo que pasa es que la gente se aprovecha. Vienen de pasada y se van quedando. Y vamos fumando. Y vamos riendo. Y uno aquí esperando.

Los dos hombres continuaron quejándose con la mirada fija en la puerta del dormitorio en este último sábado del mundo, escuchando el chirrido de los somieres y las almas.

—Yo diría que su cara me es conocida —advirtió *El Salustio*.

—Lo mismo pensaba yo. Apenas lo vi le dije a la Margarita: a este gallo lo he visto en alguna parte. Y parece que resultó cierto.

—Mejor será que nos presentemos pa no defraudar a nadie.

—Tiene la razón.

—Genaro Salazar, pa servírmelo.

—Del mismo tamaño.

—Soy Genaro Salazar, pero me conocen como *El Salustio*. ¿Y usted cómo se apela?

—Miguel Subiabre, a la orden. Ella se llama Margarita. Y la guagua. M'hijita, ¿por qué no saluda al caballero?

—En cambio la mina mía se llama Rosalía. Ustedes la van a perdonar, pero es medio asustadiza. También le dicen *La Flaca*.

—Mire la casualidad pa grande, ¿no?

—Si uno nunca sabe de dónde puede saltar la laucha. Con razón dicen que el mundo es un pañuelo.

—Fíjese que está haciendo harta sed. Podíamos pedir alguna cosita. Su bota caída pa acortar el rato.

—Mal no nos va a hacer. ¿Usted es blanco o es tinto?

—Yo soy bilingüe; me da lo mismo.

Pidieron cuatro vasos con la disculpa: "La guagiita no toma todavía".

—Aunque su pencacito le vamos a dar, pa que se vaya acostumbrando, según la idea del Miguel

—aclaró la madre de la criatura.

—También ¿qué le hace el agua al pescado?

—Eso no será motivo.

Apareció el nochero con los ojos rojos y fatigados con la botella y los vasos.

-¡Salud! — ¡Salió!

—Hay que armarse de paciencia. Este asunto va pa largo.

—Pobres —defendió el marinero—. A lo mejor él viene llegando de la Antártica y esos gallos andan con la mata cargada. —Con mucha munición, dice usted. —Es que también sacan el año mirando la nieve y contando los pingüinos.

— ¿La señora también tiene guagiita? —preguntó la mujer del marinero.

—No. Todavía no —se adelantó *El Salustio*—. Nosotros estamos pololeando. Somos pololos.

—Pero eso no quiere decir. —Fíjese, amigo, que yo soy de los que todavía piensan que los cabros traen la marraqueta bajo el brazo. —Lo malo es que los crios sujetan mucho

—aclaró la madre—. Ya después no se puede salir tanto.

*La Flaca* se ha ido acercando para mirar a la criatura. La observa como levantando las manos para hacerle un cariño que frena con sorpresa y ternura.

—Está durmiendo como un lirón.

—Sí. Es muy firme pa la pestaña —contesta el padre.

—Pero ahora último no más. Con decirle que hasta hace poco dormía en la mañana y en la tarde y las noches se lo pasaba berreando.

—Lo que es yo, pienso tener una media docena de cabros —confirmó el marinero con tono ufano.

—Claro, como tú no los crías. ..

—Y aquí el amigo, ¿cuántas famas piensa echar? —ofendió risueñamente el marinero.

—A lo mejor le hacemos el empeño pa tener la parejita.

Entonces empiezan a correr el vino y los sentimientos.

—Por ustedes —repitió el marinero—. Por el gusto de haberlo conocido.

—Por ustedes y también por el angelito.'

—Nosotros somos enemigos de venir a los hoteles —confesó ,la madre de la guagua.

—Igual —replicó *El Salustio*—, pero a última hora no nos quedó más remedio.

—Aquí la Margarita —informó el marinero— está empleada mientras la Caja nos entrega la casa propia, la casa mía.

—Entonces usted ya tiene dónde caerse muerto.

—Claro. Así también me ha costado.

—Nosotros estamos atrasados en ese sentido.

—Y ahora vinimos a parar a este hotel con

la guagua. Estábamos harto quemados. ¿No ve que uno va se hace la idea?

—Eso es lo más difícil. Hacerse la idea.

—El matrimonio sigue cacheteándose como si se fuera a terminar el mundo —protestó otra vez el uniformado.

—Parece que es ella la que estaba atrasada de noticias, por lo que se escucha.

—Ni que le estuviera pisando los callos, oiga.

Entonces seguirán conversando, tocando la fibra mágica que abre todas las puertas. *La Flaca* saca el habla:

— ¿Cómo se llama el angelito?

—Todavía no lo bautizamos.

—A lo mejor se va a llamar Segundo —asegura la madre.

—Pedro Segundo, como el abuelo.

—Es medio acampado el nombre.

—Total que la primera bota se nos quedó en la muela. Hagamos el sacrificio. Pidamos la otra.

—De acordeón.

— ¿Y usted en qué se las machuca? —preguntó el marinero.

—Yo soy motorizado.

—Le pega al arreglo de los motores, entonces.

—Así es. ¿Y usted?

—Güeña. ¿Que no me ve el uniforme de marino? No le voy a trabajar de paco.

—Jue un larpsus. Es que yo tengo poco roce con gente uniformada. Y menos de la marina.

Usted sabe que lo principal es el roce.

Los hombres se alejaron de las mujeres

para seguir conversando.

— ¿Usted conoció a la Mercedes Riel, de Gonce? —preguntó *El Salustio*.

— ¡La tía Meche! Me que no la iba a conocer. Manejaba muy buen ganado.

—Así se hacían pagar también. Ni que la tuvieran de oro.

—Pero usted no sería de los giles que chipeaban.

—Se le ocurre. Yo siempre me iba de gratis con una mina que al final me decía: Negrito, a ti no te cobro nada. Teníamos que pagar las puras sábanas no más.

—Nosotros también. ¿No ve que los uniformados tienen muy buena cotización en el ambiente?

—Debe ser por el respeto.

—Pero lo que es yo dejaba el respeto en el velador cuando me acostaba con las chuscas.

— ¿Y ahora está retirado de las pistas?

—Sí. Estoy armando la casa con la Margarita y esperando el trasbordo a Santiago. A mí me gusta la capital.

—Es que después de ver tanto mar, también. . .

—Uno queda abutagado, oiga.

—El mar le sale hasta en la sopa.

—Eso mismo.

— ¿Que no estuvo usted la noche que le volamos la raja al maricón del piano, al *Pata de gamuza*?

— ¿Ese que decía: nació pa sí y tengo que morir pa sí? Claro que estuve.

— ¡Entonces ahí fue donde nos vimos por primera vez! La media cagadita que fue a dejar, amigo.

—Claro. Jue cuando llegaron los muchachos del Naval que andaban enfiestados celebrando no sé qué cosa.

—El ascenso tenía que ser. ¿No ve que estaban haciéndole empeño pa subir a la primera? Ese fue el motivo, según mi memoria.

—Y no sé quién fue el gracioso que dijo: las minas son de nosotros y de nadie más.

—Y se armó la casa de putas.

—No era pa menos, porque los que habían pagado las poncheras estaban en su derecho.

—Y con el primer combo quedó la crema.

—Quedó de recogerla con pala más bien.  
—Usted andaba con ni que media yegua. Fíjese que todavía me acuerdo.  
—Hable más despacio, ñor. A ésa le decían *La poto bonito* y con toda razón.  
—Era muy potable la tonta. Lástima el tajo que tenía. Parece que alguien la quiso rebanar de un viaje y se arrepintió en la mitad del camino.  
—Los giles llegaban a hacer nata por el suelo. Y yo combo y combo. Cuando aforré al pianista, el gancho me salió de abajo, oiga. Yo estaba en la parte de atrás de la orquesta y escuchaba un barullo, un barullo, y alguien me grita: ¡Cuidado, Subiabre! Yo me agaché sin cerrar los ojos y voy tirando las manos y le pegué el concentrado en la mandíbula al maraco.  
—Si me acuerdo que se le llegó a ver el enaguas.  
—Quedó cual largo era debajo de la mesa. Lindo golpe. ¿Se acuerda?  
—¿Y después cuando le pusieron el bombo de sombrero a un regidor que andaba más hecho que otro poco?  
—Claro. Y hablaba raro porque también se había ido de combo en el hocico y quedó con la jeta como zapato de grande. No. Si jue muy güena la mocha.  
Regresaron donde las mujeres.  
—Oiga, Margarita. Aquí con el amigo resultamos conocidos tal como yo se lo había dicho.

Hemos anclado en las mismas caletas. Resultó ser de Conce.

—Mi papá también era de por allá —acotó *La Flaca*—. Fue buzo en Lirquén. Pero después vendió el traje y nos vinimos pal norte. Pa Quillota.  
—Las tremendas chirimoyas que salen en Quillota.  
—Pero no crea que las grandotas son las más sabrosas. Hay que tirarse por las regulares.  
—Oiga, amigo, volviendo al sur. ¿Ustedes le han comido los camarones de Cosmito?  
—Y no sólo los de Cosmito, sino también los del fundo Calabozo de Carampangue.  
—Era pa chuparse los dedos.  
—Claro que nosotros los bajábamos con agua mineral.

—Je. De esa que vendían donde *El patas cortas*. Usted se tomaba el cuarto y se le aflojaban las piernas. Si era como mascarle la moscatel con el puro gustito de la uva.

—\El patas! Si yo soy muy amigo de ese gallo. Hay que andar colocado con los dueños de las borracherías pa pasarlo bien en la vida.

—¿Y usted sabe por qué le habían puesto ese nombre?

-No.

—Yo se lo voy a explicarle. Era porque tenía la custión muy larga, y como ninguna mujer se la quería aguantar se le ocurrió operarse pa ver si se la reducían de tamaño.

—Si están muy mal repartidas las porciones en este mundo, amigo.

—Dicen que el enfermito ya estaba en la mesa de operaciones cuando la doctora que

lo iba a charquear dijo: Ah, no. Lo que hay que hacer con este paciente es alargarle las patas, pero por ningún motivo acortarle el pico. —Científico. Muy científico. —Oiga, Margarita, seguimos de pura conversa. ¿Por qué no echamos una regadita a las palabras?

—Darle curso al declive. — ¡Salud!

—Usted parece que es cosa seria pa la copeta.

—Más o menos. A mí me dicen *El cabeza de palo* por la resistencia que le tengo pa periquearme.

—Amigo. Ahora que estamos con la sinceridad por delante —confesó el marinero—, fíjese que nosotros tampoco somos casados. Vivimos así no más, anotando en la libreta del carnicero.

—Eso no tiene importancia. Total, igual nos vamos a morir.

—Usted le sabe poner el apoyo. Entiende de todo.

—Y si no le hago empeño. ¿No ve que los golpes en la vida aumentan la comprensión?

—Esa no es ninguna mentira.

—Lo que es yo me fui de reconocimiento con la criatura —anunció el uniformado—. La voy a pasar por el Civil aunque la guagua no sea mía.

—Eso es de caballeros. De gente decente, —acotó *El Salustio*.

—EJ primitivo padre de la guagua era cumpimpa mío.

— ¿Y se le enhuecó después?

—La Margarita le tuvo que pegar el chute por frescolín y güeno pa la pitarrilla. Entonces yo me hice cargo del buque.

—Yo por mi parte traje a la perica a lo que es mandíbuleo. Fíjese que la vengo conociendo recién. A lo mejor hasta matecito me sale.

—Difícil: Se terminaron las cartulinas, pero ojalá le resulte su pensamiento.

—Sé. Perdóneme el cuerito en todo caso.

—Lo felicito. Lo que es la Margarita es más tetoncita, es más entrada en carnes. ¿No la encuentra usted?

—Es que yo tengo pura güena cueva con las minas. Pa qué se lo voy a negar. Por fin se abrió la puerta del dormitorio y apareció la primera pareja.

—Parece que quedaron más flacos —se burló el marinero.

—Dan la impresión de estar blanditos —agregó *El Salustio*—. Ella sobre todo se ve bastante machucada.

—El que sigue —gritó el nochero—. Corre el segundo, turno pa la pieza 8.

—El que la sigue la consigue —agregó el marinero—. Menos mal —dijo, preparándose.

—Ojalá que no despierte la guagua —argumentó la madre de la criatura.

— ¿Sabe lo que se nos está ocurriendo? —adelantó *El Salustio*.

El marinero, antes de escuchar otro argumento, agregó:

—En otras condiciones le hubiéramos cedido la pieza, pero nosotros de aquí a que nos veamos de nuevo con la Margarita van a pasar como veinte días.

—Vaya tranquilo, amigo. Si en este mundo a cada uno le llega el turno a su debida hora.

—El que espera, desespera —replicó, lanzando una risotada.

—Lo que pasa —agregó *La Flaca*— es que queremos hacernos cargo de la criatura mientras ustedes se alivianan.

— ¡Cómo se les ocurre! —contestó el marinero—. Si no se trata de dar molestias. Nosotros vinimos con la guagua y donde nosotros vamos la guagua va también. No nos complicamos.

—Pero —insistió *La Flaca*— háganos caso. Fíjese que yo le crié los ocho cabros a —la Gladvs, que es mi hermana.

—Pero va a ser mucha la molestia. Ustedes saben cómo son las guaguas.

—Ya, amigo. Encáchese y cumpla con su deber. Tenga confianza.

—Si no es por tener la desconfianza. Es porque la guagua le puede resultar un cacho y a lo mejor hasta los sale mojando.

—Partió, ñor. El cuidado de la criatura corre por nuestra cuenta y se acabó la discusión.

—Se pasaron ustedes. Bueno, ¡qué diablos! Ya que insisten tanto. . .

—Aquí está la mamadera y los pañales. Si llora mucho le pueden dar su patito —explicó la madre.

—Háganle empeño, que pa eso, estamos nosotros en la retaguardia cuidándole las espaldas, amigo. ¿Cómo estuvo?

— ¿Cómo va a estar? —respondió el marinero con viva emoción—. La última vez que nos encatramos tuvimos que dejar la guagüita encima de la cama, pero se nos cayó con el movimiento.

— ¿No ve? Ahora no van a tener ese problema. Y hay que ver el tiempo que se pierde subiendo la guagua a cada rato a la cama.

—Usted ha dicho una gran verdad. Nos vamos entonces.

—Hasta pronto.

— ¡Pucha que son paletados ustedes!



—Que le vaya bien. Tranquilo el perro.  
--Le recomiendo que le enseñe a la señora a buscar el cinquito.  
—Sí, pero lo malo es que al otro día la Margarita amanece con el dolor a los riñones. No es güena pa agacharse, fíjese. Es media ideática en ese sentido.  
—En todo caso, échese un polvete en nuestro nombre.  
—El primero (tendrá que ser —aseguró el marinero, abriendo la puerta del dormitorio y levantando la mano en señal de despedida.  
Quedaron *La Flaca* y *El Salustio* y la guagua en el centro de la pieza.  
Se escuchaba el liviano peso de la lluvia.  
— ¿Cómo se vería usted con una guaguüita así?  
—Usted que es lanzado, oiga.  
— ¿Pero le gustaría o no le gustaría?

—Claro que me gustaría, pero no tan de primera y por detrás de la puerta.  
—Si es por eso, libreta le voy á sacar, m'hijita. Y una bien grande y hasta forrada en cuero. ¿De qué color le gustaría?  
—Es mejor que usted se haga cargo de la criatura —pidió *La Flaca*—. Cuidado con la cabecita, porque se le puede ir pa'trás.  
—Si yo también le pego, lo que pasa es que estoy fallo a la práctica.  
—Se parece hartito al padre. Hasta tiene cara de marino.  
—Si no es. . .  
—De todas maneras. Por el lado de los cachetes, digo yo. Tan redondos que le fueron a salir y coloraditos. Me vino el cansancio de golpe —confesó *ha Flaca*.  
—Apóyese en el hombro, m'hijita. ¿No *ve* que tiene que irse acostumbrando?  
—Es que me da no sé qué. . .

--Se produjo un largo silencio ya a esa hora profunda de la noche y la lluvia y sólo se escuchaban las últimas carcajadas de la clientela. *La Flaca* se acurrucó aun más.  
—Yo siempre he dicho —confirmó *El Salustio*— que la vida tiene muchas sorpresas. Que es güeno vivirla porque uno nunca sabe. A veces, eso sí, como que nos pegaran con el mocho del hacha. Y otras no tanto. Y uno ya se va poniendo contento y no sabe por qué. Yo, m'hijita, aquí donde usted me ve, estoy medio curtido con la sorpresa y con lo quemado que soy. Si corriera solo en algún campeonato, pa ponerle un ejemplo, llegaría segundo. Ultimo. Pero yo no aflojo porque soy un poco porfiado. Más bien, bastante. Me han golpeado igual que esos locos que los machucan pa que uno pueda comérselos más o menos blandos. Con mayonesa, eso sí. Y cuando menos se piensa aparece un cuerito como usted hasta con pestañas reales. Yo siempre soñé con tener mi hogar legalmente constituido. Por eso compré la cocina con el horno pa que alcance pa toda la familia.

-- Cuando todavía no era propio y fletaba carga pal sur, me decía: Oye, Salustio, tenís que asociarte con una pescaíta firme, que no juera a destañir. Las medias mojadas que nos pegábamos. Y uno siempre solo. Claro que nunca falta, pero no es lo mismo. Quedábamos estilando pior que si juéramos pitíos. A veces la caña nos sacaba del apuro. Una vez nos dimos vuelta con el camión cuando íbamos con el Willy y el Raúl. Se nos vino toda la madera al suelo y nos salvamos de puro milagro. Si el único consuelo era parar en esas picadas de los caminos y echarle algo al buche y tomarse su vinito caliente con clavos de olor. Y después, cuando despertaba y aíl tocar al lado de uno, ¿qué es lo que había? No había nada. Faltaba alguien como usted, m'hijita. ¿Y cuánto hace que no va a Conce? Bah, se me durmió. . .  
—Aquí estamos de vuelta, mi amigo —saludó el marinero, regresando con su mujer, sin disimular su satisfacción.  
— ¿Cómo le fue?  
—Respondió la máquina. Del uno. Aunque mejor, pa serle franco, del dos. Sí, pues.  
— ¿Cómo se les portó la criatura? —preguntó la mujer del marinero.  
—Ni que hubiera sabido en lo que andaba su mamacita. Hacía puras chinchosidades no más.  
—Se le durmió la mina —señaló el uniformado.

—Así es —confirmó *El Salustio*—.

Estaba muy cansada y parece que la sopa marinera se le jue pa las pestañas y no pa otro lado, como era mi esperanza.

—Me transporté —dijo *La Flaca*, despertando—. Ni que me hubieran pegado un garrotazo en la cabeza. Caí como trompo. —Qué injusticia, oiga, mientras nosotros hacíamos sonar todas las cuerdas de la guitarra en la cama.

— Güen provecho —recalcó *El Salustio*, como celebrando la hazaña.

—Los que están en tercera espera pueden pasar —advirtió el nochero.

—Esos son ustedes —confirmó el uniformado.

—Ahora nos toca a nosotros, m'hijita —dijo *El Salustio*, mirando para el lado del dormitorio.

—Lo que pasa —adelantó el uniformado—es que le tenemos una sorpresa.

— ¿Cuál será?

—Nosotros estuvimos conversando con la Margarita, ¿no ve que todo no ha de ser cacheteo?, y llegamos a la conclusión que les vamos a dar la guagüita a ustedes dos. Queremos que sean padrinos.

— ¿Madrina? —consultó *La Flaca* con incredulidad.

—Y madrina cacho encima —agregó *El Salustio*, tratando de hacer un chiste.

—Bueno, quiubo —apuró el marinero—. ¿Se deciden o no?

Se miraron.

—Qué le vamos a decirle —respondió *El Salustio*—. Que estamos conformes, ya que el destino nos da esta oportunidad.

—Correcto —remachó el marinero.

—Oiga, y cómo vamos a reírnos al recordar que nos Conocimos en este hotel parejero y cuando el compadre ya cortaba las huinchas.

—Escoba.

—Tomaremos el del estribo pa celebrar el acontecimiento.

—Usted lo ha dicho, compadre.

—Ahora sí que encontramos un buen motivo.

—Si no es sólo por eso, compadre. Es por el gusto de saber que la criatura tenga a su haber alguien que le responda en el futuro.

—Ojalá. Entonces salud.

—Marinero malo pal mar y güeno pal vino.

—Usted que la revuelve.

—Ya, pues, Arturito Prate. No se me venga a hacer el cartulino tampoco.

—Es que ahora a usted le toca cumplir con su deber. -

—Mire, compadre, no me deje con el vaso lleno y la mano estirada.

—Es que pa qué le voy a decir lo contrario. Estoy preocupado por la comadre. ¿No ve que ha esperado casi toda la noche pa que le toque su pasadita? Apúrese.

—De acuerdo. Pero pidamos la última.

—Ya le dije, compadre. Y es mejor que me vaya conociendo. Cuando yo le digo no, es no. Con la Margarita nos vamos a ir a tomar un caldo de cabeza aquí a la vuelta, donde *El pata en la raja*.

—Güeña falta que le debe hacer.

—Si quieren ahí los esperamos cuando se desocupen de la diligencia.

—Compadre, no sea chaplín.

—Ya le dije. Primero déle curso y después hablamos.

Se despidieron con un ligero saludo emocionado. La pareja humana quedó sola iluminada por el alba. Por una de las ventanas venía llegando la luz del nuevo día con poca fuerza, pero transparente. Se escuchaba el runruno de los pájaros, el júbilo elemental de la naturaleza

cayendo sobre Santiago un domingo de madrugada. *La Flaca* y *El Salustio* se encaminaron hacia el dormitorio.

—Oiga, m'hijita. Quiero decirle una cosa antes de entrar al sacrificio.

—¿Cuál será?

—A mí me sigue gustando su persona, fíjese.

—Total que le vino a resultar cierto el chiste.

—Es que ahora es diferente. Ahora me gusta pa tenerla á mi lado, pa regalonearía, pa fletármela, pa comérmela, en fin, pa todo servicio. ¿Se da cuenta?

—Chis. ¿Y de dónde le vino ese arrebató?

—No ve que uno la piensa y le da muchas vueltas a la custión.

--A mí se me cayeron los ojos con el sueño, por eso no ,lo pude seguir acompañando.

—Eso es lo de menos. Pero yo discurrí y me dije: Es mejor que no nos acostemos nada esta noche.

—¿Y qué va a decir el caballero de las piezas?

—Ninguna cosa. Vamos a juntarnos con los compadres, que le deben estar dando duro al caldo de cabeza.

—Total, la vida es larga.

—Eso es lo que yo pienso. ¿Y qué saca' uno con tener un potó pa un rato, pa una satisfacción pasajera, aunque sea con una mina de físico privilegiado?

—Se le están nublando los ojos, oiga.

—No es pa menos. Y pensar que vamos a ser dos no más en la casa.

—Pa empezar. Ya después tendrá que venir el multiplico.

—Con tal que no me salga chancletera, no va a ser ningún problema.

—Le vamos a hacer el empeño.

—Si es por eso, nos tienen que salir mellizos por la parte baja.

—Ya me veo con mellizos. Así también se saca más rápido la tarea.

—Ji. Mellizos y calcados de su mamacita.

—Algo de usted tendrán que mostrar también. Pero no se vaya a enojar conmigo si sólo le resultan de a uno.

—Ya, m'hijita. ¿Verdad que usted nunca se va a ir de negativa con su papito?

—Me le entra una cosa por la espalda cuando habla tan sincero.

—Fíjese que en el dormitorio hasta espejo le voy a poner. Porque el espejo es lo principal.

—Con todo lo que me dice me va a manejar como una reina.

—Primero va a ser biselado. Pero sin marco. Después se lo voy a poner a medida que vaya llegando la prosperidad.

—Tan porfiado que lo han de ver. Se tuvo que salir con la suya...

La pareja humana saje a la calle. Van tomados de la mano. A esa hora todavía no hay mucha gente por los barrios. Pasa un ciclista y un perro busca un árbol. El cielo está sin nubes. Alguien podría cantar.

\*\*\*\*\*

CUANDO EL *TRUBICO* INTENTA DARLE UN GIRO DISTINTO A SU NEGOCIO Y EN COMPAÑÍA DE LA CHALUPA *PI* EMPIEZA A FABRICAR ATAÚDES DE MEDIDA, PARA MAL DE LOS DIFUNTOS Y TAMBIÉN DE LOS DEUDOS.

Tenis que cambiar de rubro, porfiaba *La chalupa pi*, mirando la montaña de viruti 11a, las patas de león desparramadas por el suelo y los resortes.

Si te queda algo de orgullo, pégate la cachada con la huifa de convertir los Luis XV en Luis XVI o andar falsificando poltronas, que era mi especialidad.

Yo le argumentaba que pa ampliar el negocio necesitábamos más capital, el aumento y la multiplicación de nuestras acciones, que en el último tiempo estaban volando bajo en la Bolsa.

Entonces gritaba que el tío Liborio tenía unos ahorros y que nos podíamos ir de préstamo. Yo le decía que con ese Liborio ni a misa, porque le gustaba meter la cuchara en todo. El porfiaba pa que nos dedicáramos a la crianza de guitarras. Convenció a *La chalupa* que eso daba bastante. Se le pone adentro un ají huapi, aseguraba el cachetón, y entonces toma otro sonido y retumba como en la gloria y los cantores se matriculan como malos de la cabeza y a veces compran de a dos. Pero yo que he sido rebelde toda mi vida, no me gusta que nadie se mande las partículas conmigo; si se me ocurre fabricar guitarras cuadradas, cuadradas las voy a hacer. ¿Y qué? Está bien, decía *La chalupita* con resignación, poniéndole entre medio de las frases algunos m'hijitos para que no se cayera en la mata de puñetes a la que estaba tan acostumbrada.

Un día un familiar apareció diciendo que el Liborio había partido pa los mármoles dejando la herencia. *La chalupa pi* con el apuro y el lloriqueo metió las patas en unos resortes que estaban desparramados por el suelo y al primer pisotón se empezó a elevar y no tuve más remedio que abrirle la puerta para que no topara con tanta fuerza el techo. Salió a recorrer el barrio dando bote, agitando los brazos, tomando cada vez más vuelo. Yo me hice el ánimo de ir a buscar a Valparaíso, tomando en consideración que corría el norte, y la socia me hacía gestos groseros asegurando que se la tenía que pagar cuando aterrizaraaaaaaaaaa y estuvieraaaaaa otra vez en tierra firme. Se empezó a juntar la gente. Salían de las esquinas con el cogote tieso viendo sus vueltas de carnero. Se notaba que los resortes eran de primera y *La chalupa* comenzó a desarmarse virando a escotilla. La ropa se le corría de un lado pa otro y lo mismo pasaba con la cara que le tocó en suerte, y la carga pasaba de una bodega a otra con el montón completo de los miriñaques y la gente sin poder ocultar su curiosidad.

Un jinete gritó: ¡Hay que lacear a la cristiana! Yo me puse por delante y lo paré en seco. ¡A mi mujer no la lacea nadie!, ¿está claro? Pero si sigue dando bote, informó el curioso, a lo mejor le entra la ciática y el lumbago. Eso ya es cosa mía, le contesté. Es una descocada, comentó una vieja, sin saber que yo era el propietario de las piezas que se estaban gastando con tanto salto. Otro propuso: Que le pongan resortes a un voluntario y entonces que suba con el alicates y que la traiga de vuelta, Pero sin que se produzca el acoplamiento, aclaré sin pérdida de tiempo, recordando mi sabiduría sobre los vuelos de los cosmonautas. Aparecieron los bomberos con la telescópica. El que manejaba la escalera venía completamente cocido y preguntó de sopetón: ¿Papú, papú, dónde es el incendio? Lo miré con todo desparpajo, por algo todavía andaba bueno y sano, y le digo: ¡Si el incendio lo traís puesto, canuto! *Chalupita*, le grité, tenís que agarrarte del voluntario pa que aterricís. En una de ésas se quedó con el casco en la mano y por poco le corta el cogote al bombero, hasta que se agarró de los palillos de la escalera. El enredo era el yegua de grande y me fui poniendo celoso cuando el fotógrafo le tomó la instantánea para el diario. La mujer del resorte — marcada con la flecha— a la izquierda y el voluntario que le salvó la vida dándose la mano, y yo nada. Quedé afuera. Entonces tuvimos la reunión familiar pa escuchar el testamento. Eramos ochenta y cinco parientes directos reconocidos con sus cónyuges y parentela, todos al cateo de la laucha, incluyendo los sobrinos, que daban la bonita suma de trescientos veinticinco almas, sin tomar en cuenta los que venían en camino, que era otra parvada de ochenta y siete por la parte baja. El abogado era bastante caprichoso. Nos ordenó ponernos en fila de mayor a menor. Entonces apareció el ayudante y se puso a leer la lista de los regalos. *La chalupa pi* recibió el manubrio. Ella miró pa todos lados pidiendo a la gente que le abriera camino y se aferró al volante, llenando la pieza de humo, imitando el ruido de un motor de hartos caballos de fuerza con el pañuelo al viento y los anteojos ahumados. El leguleyo volvió pa decirle que se le había olvidado entregarle la patente del vehículo y le pasó el latón del año 1904 y ella se lo puso en la

parte trasera, colgando de un alfiler de gancho. En cuanto a mí, que no me jue a tocar una juguera de regular tamaño, de segunda mano, porque se notaba que el difunto la había usado pa hacer ojettillos con el motor. Otros familiares recibieron una colección de estampillas, dos docenas de sacos de arpillera, la vitrola antigua y varios kilos de menudencias de pollo, especialmente el contre.

Estos objetos, recalcó el picapleitos, no tienen precio debido a su valor intrínseco. Le dije a *La chalupa pi*: menos mal que no nos asociamos con ese carrilento que andaba pillado de la máquina.

Entonces la empecé a trabajar por lo bajo. ¿Cómo está con su perro, m'hijita? Firme hasta la muerte, confirmó. Déjeme hasta ahí no más. Y ella no volvió a preguntar ninguna otra cosa, esperando. ¿No ve que me conocía?

Entonces le metí el mandibuleo del recuerdo, de los años pasados juntos, y la fui ablandando. *La chalupita* empezó a entregar la oreja y hasta me pidió disculpas por las cochinas que me gritó en público afectando mi honra. Yo le dije que la perdonaba, y se produjo otra vez la tierna escena, tostando la pescaíta seca en las brasas y tratando de desatarle los nudos del alambre con que se sujeta el sostén.

Oiga, uno les mira los ojos a las personas y resulta lo mismo que leer la Biblia. Se le atraviesan los versículos, claritos. Caín quiere matar a su carnal y la mala intención se le repite en la mirada y *La chalupa aparece* en la película tal cual la conocí con sus tres críos, cada uno de padre diferente, porque ella es muy delicada pa sus cosas. Yo la miraba pasar por el negocio y le decía: ¿Cuándo me la voy a remendar, m'hijita? Y ella dejaba caer su pañuelo o bien una de las guaguas. Hasta que un día llegó con la disculpa. Me di cuenta porque andaba a pata pelada, y dijo: ¿Cuánto me cobrái por ponerle media suela y tacos de alto a estos zapatos? Entonces yo le dije: A usted no le cobro nada, clavo de olor. Entró como por un tubo al dormitorio. Así nos fuimos enredando. Le pasé los cabros por el Civil bajo mi rúbrica pa que mañana puedan andar con la frente en alto, y entonces le digo de un brun pa que no tuviera tiempo de pensar siquiera: ¡Vamos a poner una fábrica de ataúdes!

Casi se le espanta la mona. No le di respiro. Hicimos sonar las Copas antes que preguntara ninguna cosa. Preguntó: ¿Una fábrica de ataúdes, viejito? Sí, mamita, le contesté, llevándole el hilo. Eso sí que da. *La chalupa pi* quedó pensando.

Se puso a llorar. ¡Pero traen mala suerte! No creo, le contesté, haciéndome el lesa. ¿Y usted desde cuándo se me ha puesto supersticiosa? La seguí convenciendo, pintándole un cuadro de oro. Con el motor de la juguera de la herencia se puede mover el torno pa que usted no la trabaje tanto. La idea la fue entusiasmando. Antes que nada pusimos el lienzo: "Se hacen toda clase de ataúdes a la medida del oliente. Trabajo garantido". A la semana nos llegó el primer encargo. Apareció una veterana con el acelerador malo preguntando: ¿Aquí es donde vive el sastre? Yo se la pillé al vuelo y le dije: Aquí mismo. Entonces ella respondió: Yo soy la muerta. A *La chalupa* se le pusieron los pelos de punta y comenzó a repetir: ¡No ve, no ve que el negocio trae mala suerte! Entonces con tono mundano le contesté pa evacuar la incógnita: Lo que pasa es que la señora quiere darse el gusto en vida. Le pregunté a la cliente: ¿No es así, suegra?

Y ella contesta: ¡Por Dios que es inteligente!, lástima que nos quede tan poco tiempo.

Y yo le contesto pa darle garantías: Le aseguro que se va a ver lo más monona adentro con el raulí barnizado a la muñequilla.

La vieja se acomodó la peluca. Empecé a tomarle las medidas y la finada muerta de la risa, porque era cosquillosa, y *La chalupa* hecha un quique.

Anote, le ordené: Busto 96, cintura 45. ¿Cuarenta y cinco metros?, preguntó la otra, muerta de la rabia, ... y cadera, 96. ¡Los rounds que se habrá pegado en la vida!, le dije pa callao. Entonces la difunta peló las lucrecias del anticipo.

Apenas cerró la puerta, le llamé la atención a la socia. En este oficio, le dije, no hay que hacer preguntas indiscretas. ¿No ve que hay gente caprichosa? Entonces, como todo lo hacíamos juntos, salimos a comprar las tablas y la chuica. La socia no era rencorosa y recordó que tenía un traje sastre de terciopelo color verde entusiasmo para colocarlo



adentro como forro. Entonces llevamos a la práctica la forma de la urna. Parece que hicimos mal los cálculos, aunque la culpa la tuvo el *Salustio* cuando vino a vernos en pleno laboreo. Entonces mandamos a *La chalupa pi* a comprar los elementos, pero se nos calentó el hocico. ¿Y que no se nos ocurrió salir a empeñar las tablas de 4 x 4? La socia no se dio cuenta, pero cuando llegó la confirmación que la vieja había cerrado la puerta por dentro empezaron los apuros. Le tuve que contar la firme: Oye, *Chalupita*, le confesé. Fíjate que nos faltaron dos cosas. Madera pal lado sur del ataúd y plata pa las angarillas. Entonces ella al abrir los libros descubrió el desfalco. ¡Estamos condenados!, gritó, poniéndose a llorar.

Podemos llegar a un acuerdo con los deudos. Les hacemos una rebajita y listo, dije, tratando de arreglarla. Pero igual se armó la mocha. Es mejor que me vaya, la reté, antes que te ponga el ataúd de sombrero. Después nos abrazamos al empezar la reconciliación entre lágrimas y risas, como era nuestra costumbre. ¡Si la gente que está embargada por el dolor, dije achacándomela de nuevo, no se fija en los detalles! ¿Por qué no hacemos la prueba y nos tiramos el carril? Entonces ella dijo que bueno y seguimos tomando. Arrendamos el carrito de mano y partimos pa la estación Chepe. *La chalupita* adelante y yo atrás tratando en todo momento de tapar el hueco pa evitar sospechas.

Oiga, no es porque yo la hubiera hecho, pero la caja: calila. Blandita por dentro y ni que hablar de las patas Luis XVI en el sofá que le puse en el interior pa que la difunta se sentara en las largas horas de espera en caso que se le ocurriera echar pa atrás la película. La *chalupa* se había encargado de poner unos engaños pa compensar la tabla que faltaba. Pero si es puro cachureo, le advertí. Un momento. Va un almacigo de jazmines. Y un paraguas pa los días que llueva y también su ataíto con ropa interior por si se tienta, porque una nunca sabe. Hay que ser humanos, dijo.

*La chalupa* cuando la piensa es muy capaz. Nos embarcamos en el tren a Tomé. Llegamos justo cuando el gloriado les llegaba a salir por las orejas a los curiosos. Yo le había advertido a la socia: En caso excepcional que se me caliente el hocico, lo único que tenís que hacer es meter la viejuca auténtica al canasto y no como otras veces que por error han colocado a un fiambre distinto en la canasta. Y ella me contestó: M'hijito, tome tranquilo, que merecido se lo tiene. La conversa se jue enredando. Con decirle que hasta tocaron una cueca tamborileada en la caja y la difunta participando, echando a volar su pañuelo. Se le notaba que por nada del mundo quería arruinar el espectáculo. Llegando la medianoche la llantería era la patagiina. Ya habían puesto a la finada con los brazos en cruz, y yo, ¿ah?, tapando el hueco pa que no se viera el túnel. Cuando llegó el momento de clavetear el ataúd después que los visitantes se fueron contagiando con la idea de la soda de agregarle a la finada más entretención pal largo viaje, cayó una verdadera lluvia de regalos: un tarro de crema de belleza de regular tamaño, un sostén del número 40, un libro de puzzles con su correspondiente lápiz, la libreta de la carne, dos tubitos con la pildora y el manubrio. Llegó el momento de ponerle la tapa y se me ofreció para cumplir con ese requisito, porque tenía las tachuelaaaaaaas en la bocaaaaaa. Es mi especialidad, les dije pa emborracharles la perdiz. Este detalle está incluido en la cuenta. La remaché aumentando el volumen de la radio pa que no se notara el eco. Por fin llegó el momento de subirla a la carroza, y a mí que me decían el tonto en el colegio les hablo a los cocheros: Una de cinco, ¿blanco o tinto?, y mueren ahí. Listo, contestaron los sedientos cerrando el ojo. Partimos y *La chalupa pi* reza que te reza entrándole con todo disimulo el brazo izquierdo de la finada con ganas de dirigir el tráfico con la mano suelta, cayéndose a cada rato, y total que no se sabía quién iba a salir con la suya, y la socia que le murmuraba por lo bajo: Ya, pues, finadita, ¿qué saca ahora con la porfía? ¿No ve que vamos al Camposanto? ¿O es que no le enseñaron modales, en la escuela? Pero la pantruca dale con asomar el brazo por el perforado, haciendo las morisquetas más raras, al extremo que los autos que pasaban en sentido contrario detenían su marcha, obedientes a las leyes del tránsito, y la socia, con una prudencia de santa, tomando a cada rato la

extremidad pa dejarla de nuevo en su sitio en la forma más disimulada posible, hasta que gritó: ¿Te sobraría una tachuela, cara de membrillo? Se notaba que estaba perdiendo el control y le contesté que no con un gesto, pa que no volviera a abrir la sanguchera. Entonces empezaron a bajar el féretro con algunas dificultades debido a la falta de las angarillas, y un despistado gritó: ¡Viene vacío, viene vacío! Entonces el viudo se acercó furioso y puso la oreja sobre el ataúd, como pa escuchar la respiración de la occisa, preguntando: ¿Aló? ¿Eres tú, mi negra? Pero nada. No sé por qué motivo uno de los que estaban, con la sopaipilla pasada la agarró conmigo, ordenando: De aquí no se mueve nadie. Vamos a registrar a todos los presentes. Pero la finada no apareció por más que nos dieron vuelta hasta el bordado del pañuelo, y yo con el problema de la conciencia y *La chalupita* con ganas de arar de pura rabia cuando dijo: Estoy segura que se fue por el camino; le resultaba más cómodo. Un curioso se dio cuenta de la omisión parcial del ataúd y metió la mano explorando. Falta una tabla, dijo, creyendo que había hecho ni que medio descubrimiento. Se nota clarito, agregó el copuchento, a no ser que ahora los féretros vengan con puerta panorámica.

Por aquí tuvo que hacer el forado, dijo un astuto, buscando alguna huella comprometedora de la fugitiva. A mí que me registren, alcancé a decir con cara de inocente. Se hizo humo, dijo uno que había preguntado por ella casa por casa, dando sus señas particulares, explicando que aún estaba competente. Si todavía le quedaba un poco de hilo, afirmó un malicioso que nunca falta. ¿Y en qué situación quedamos nosotros los artesanos? pregunté, abriéndome paso entre los presentes, poniendo el caracho como si estuviera terremoteado. Bueno, contestó uno que era amigo de la familia, si no hay muerto, ¿pa qué queremos el ataúd? Eso es ciento, reafirmó el coro de los cufifos. Pero la evaporación de la difunta no fue culpa del suscrito, aclaré.

Nosotros cumplimos. Llegamos con el mueble. ¿Por qué nos quieren hacer el perjuicio? ¿O es que pretenden que llevemos el asunto a la Corte? No se trata de eso, afirmó el más comprensivo de los enlutados. Pero ¿qué vamos a hacer nosotros con el artefacto? ¿Y qué me dicen del paraguas?, agregó *La chalupa pi* para remachar la argumentación jurídica. Otro que no llevaba velas en el entierro dijo: ¿Por qué no le dan un suple al carpintero y quedan en nada?

Aceptamos y casi sin darnos cuenta nos vimos regresando en el tren a Conce.

El inspector pidió que dejáramos parado el ataúd junto a la ventanilla pa que no hiciera tanto bulto. Ya varios borrachos se habían tropezado como si se tratara de una cascara de plátano y fueron a parar al vagón de las encomiendas, aplicando los frenos de aire. La tapa se abría y cerraba con los barquinazos de las curvas, dejando ver las lentejuelas agregadas por la socia en el último momento. A mí se me ocurrió cuando volví a mirar el ataúd que era como el cielo cuando se ven esas estrellas que le llegan a hacer cosquillas a uno por todas partes y que *La chalupa pi* y yo éramos astronautas volando con la despensa hasta el tope de blanco y tinto, haciéndole el quite a la luna, y el susto que se pegaría ella cuando me encontrara durmiendo dentro del féretro, tiritando de frío y con la caña mala y muerto de la sed.

\*\*\*\*\*

## CUANDO *EL SALUSTIO* Y *EL TRUBICO* DEMUESTRAN SUS CONOCIMIENTOS CIENTÍFICO-ELECTRÓNICOS Y ARREGLAN UNA OLLA A PRESIÓN, DEJANDO LA ESCOBA CORRESPONDIENTE.

—Lo que pasa es que estamos volando muy bajo —protestó *El Trúbico*, rebelándose contra el mundo, haciendo un gesto raro como el de un jote medio viejo y cansado de volar.

—Usted dice por qué nos tiramos al suelo por cualquier cosa —le contesté, tratando de agarrar la idea.

—Eso mismo. Cualquier peliento se cree con derecho de ponernos la pata encima, pasándonos a llevar como si no juéramos ninguna cosa.

—La solución estaría entonces en difundir nuestra pega a través de los medios de comunicación.

—Eso mismo. Estamos fallos a la imagen, a la propaganda.

—De acuerdo. Nos hace falta darnos a conocer. Decir quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos.

—Por ejemplo, ¿usted le haría asco a una plancha de bronce?

— ¿Una plancha?

—Claro. Que dijera clarito: *Ingenieros electrónicos*, y la clavamos en la puerta.

—Ji. Lo único malo es que no tenemos puerta.

—Es que aquí en el barrio ya nos rocharon y saben que somos hartos chusos como maestros chasquillas.

—Y encima seguimos fallos a la colegiatura.

—Por la calle también pasa mucha gente desconocida y a lo mejor pica. Todavía queda tanto inocente en este mundo.

—De ahora en adelante dejaremos de arreglar los paraguas dados vuelta y las bacinicas agujereadas por esas viejas que son tan chispadorazas pa sus enjuagues, o como en el caso de *La hocico con apeto*, que nos trajo pa ver si tenía remedio la hebilla de un sostén igual que cinturón de milico y necesitaba un ñiple de acero pa reforzarlo y darle uso.

—A la clientela le vamos a decir: Ahora sólo le pegamos a la electrónica y no le hacemos ningún trabajo de remiendo.

—Estamos aplicados a la ciencia propiamente tal, les podemos agregar pa dejarlos con la boca abierta.

Por fin cayó una vieja con la presión mala. Como era media tarta nos demoramos más de media hora en darnos cuenta que no era ella la que estaba enferma, aunque ya *El Salustio* la había colocado en la camilla de primeros auxilios, tomándole el pulso. La cliente trataba de subirse los calzones, hasta que por fin se aclaró la situación:

—Lo que pasa —dijo, poniéndose de pie—es que tengo malo el artefacto.

Agarramos el instrumental de trabajo y partimos pa su casa. Llegando nos confesó:

—Fíjense que estoy desesperada. Invité a comer a un 'matrimonio amigo y justo se me echó a perder la olla a presión.

*El Salustio* se dedicó a tranquilizarla mientras yo iniciaba el examen para entregar un diagnóstico oficial.

—Esto es sumamente fácil —le dije—. La olla tiene una falla en la aurícula derecha y el infarto se puede producir en menos que canta un gallo.

La vieja se arrodilló.

— ¡Que Dios no lo permita! —dijo, abrazando al artefacto, como si se tratara de una persona caída en desgracia y con el insomnio.

—Pero nosotros —la tranquilizó *El Trúbico*— estamos física y espiritualmente preparados para solucionar el mal que le aqueja. No hay nada peor que cuando la gente y las ollas entran en la edad de los achaques.

—Así es —contestó la vieja con rostro emocionado y mirando de reojo el crucifijo que subía y bajaba de su busto tipo marquesina.

—Empiece usted los preparativos con toda confianza —le dijimos—, mientras nosotros organizamos una junta de médicos de emergencia.

—Las visitas se van a ir de pollo arvejado.

--- ¿Y nosotros cómo vamos ahí? —preguntó *El Salustio*, haciéndose el gracioso.

—No se preocupen. Algo les va a tocar.

—Con tal que no sea la parte del gallo —le contestamos al mismo tiempo.

No es por pelar, pero lo único malo que tiene el compadre cuando le ponen una pieza por delante es que se coloca nervioso. Empieza a dar unos saltitos; pareciera que algo le come las manos. Una vez contó que esto le pasaba después de haber visto una película del Chaplín, que también le trabajó por necesidad donde la Tía Rica. Entonces llegó un gallo con un reloj pa empeñarlo y el Chaplín lo destripó con el abrelatas pa ver si estaba bueno o malo. Al *Salustio* se le pegó el mismo vicio y teniendo por delante un teclé, algún motor, un biombo, un piano, la máquina de moler carne, le vienen los nervios y no se queda tranquilo hasta que los desarma y después no da pie en bola pa poner las piezas en su sitio de antes. Por esa misma razón nunca pudo recibirse de joyero-relojero, como era su afición, porque la tuerca más chica que agarraba

era del porte de un huevo y en todo caso se habría tenido que contratar pa arreglarle puros relojes de pared como resultado del pulso tembleque. *El Salustio* volvió a repetir la gracia, y pa resarcirse le pegó un tirón a la goma de la tapa de la olla.

—La embarraste —le alcancé a gritar. En ese momento sonó el timbre. —Son las visitas —dijo la vieja, tropezando con la puerta y cayendo de espaldas—. Ojalá que todo salga bien — imploró, mientras se bajaba el corpiño que le había quedado de sombrero.

—Tenis que reajustar el influjo de la corriente sanguínea —le dije al Trúbico, que seguía con los tiritones.

—Si esto es chancaca -me contestó con la misma tranquilidad que salen los pirujas de la sala de operaciones en el Sans Borjas. Empezamos a hacer los cálculos lápiz en mano después de dibujar un plano de la olla que para los efectos del trabajo dividimos en dos partes iguales. A saber. El lado A y B. A, a la derecha; B, a la izquierda.

—Sería mejor —ideó *El Salustio*— que le hiciéramos un injerto en la válvula y luego proceder al amarramiento de la olla a la cocina, la cocina a la puerta, la puerta a la reja y así ya no existe tanto peligro.

— ¿Cómo va la cosa? —preguntó la dueña de casa, copuchando que las visitas traían más sed que ratón de molino. Al *Salustio* se le ocurrió decirle: —Pa su mayor tranquilidad, nosotros vamos a quedarnos junto a usted hasta que el arvejado esté a punto.

--- ¡Ah!, esto quiere decir que ustedes son de otra serie. Que son profesionales por el lado que se los mire. En mi vida había encontrado un par de entendidos tan serios para sus cosas.

Le quedamos haciendo la guardia al guiso hasta que el artefacto se puso a silbar en forma rara. La válvula andaba a tropezones, como si estornudara, y después había que meter el dedo en uno de los agujeros de la custión que gira pa que se produjera el silbido de la alarma y poner en alerta a los bomberos del sector.

—Yo creo —aseguró *El Salustio*— que esta payasada va a estallar de un momento a otro —y sin mayor explicación se tomó el pulso.

La viejuca empezó a llorar recordando que era viuda y montepiada.

— ¡Qué plancha, qué plancha! —sollozaba, haciendo sonar la nariz.

Yo corté por lo sano y le dije:

—Listo el pollo. Al mal tiempo buena cara. ¡Se ha producido el milagro!

*El Salustio* se había enganchado por precaución un perro de la ropa en la nariz.

Empezamos la maniobra del despegue de la tapa del artefacto mientras el compadre saltaba alrededor de la cocina cantando: El que caga, caga, y con tanta pechuga que la vieja también lo seguía, ya tomados de la mano, muertos de la risa, hasta que la olla soltó ni que medio chorro tipo hongo atómico y con el cañonazo se quebraron todos los vidrios de varias cuadras a la redonda.

Pasaron varios minutos antes que *El Salustio*, que siempre es tan precavido, sacara de su maletín la linterna abrecaminos con luz amarilla pa usarla en los días de mucha neblina. La viejuca había quedado en un rincón, pero vuelta al revés, con la peluca corrida. Lo primero que hizo apenas recupero las fuerzas fue levantarse y correr hasta la olla. Metió medio cogote preguntando:

— ¿Dónde está el pollo, santos cielos?

— ¡El pollo, el pollo! —le respondió el eco vacío.

*El Salustio* me pegó un codazo, porque ése era el acuerdo cada vez que estábamos en una situación difícil. No tuve más remedio que ponerme a silbar para darnos la confianza.

—Soy inocente —gritó el compadre, vaciándose los bolsillos con migas—. Yo no lo tengo y *el Trúbico* tampoco.

— ¿Y dónde está entonces? —gritó la dueña de casa, buscando entre los escombros humeantes de la cocina.

El compadre, que es muy vivo el ojo, me indicó que mirara pa'riba aguantando la risa.

El ave se había incrustado en el techo, pero con tanta fuerza que parecía estampilla. Medía su medio metro de ancho por la parte baja y el cogote otro tanto, porque parece que fue el órgano que más sufrió con la explosión.

A la viejuca le tuvimos que hacer respiración boca a boca y *El Salustio*, pa disimular la tufada, se puso a mascar una torreja de limón, pero fue pa peor, porque la señora se fue levantado con el monóxido del trago, que si no la agarramos a tiempo quizás a dónde habría ido a parar. Tuvimos que moverla de un lado para otro pa que los ojos le volvieran a su lugar natural, con un ruido raro, eso sí, a lo mejor por falta de aceite en los resortes, como explicó científicamente *El Salustio*.

—Esta custión se arregla en menos que canta un gallo.

Pedimos un bombín de bicicleta y nos acordamos cuando fuimos equilibristas en el circo colocando una silla encima de la otra hasta llegar al techo y enchufamos al ave la goma en la parte pertinente. Con los primeros soplidos el animal empezó a aumentar de tamaño y se infló, se infló tanto que parecía una foca, más o menos, hasta que con el apuro el compadre le sacó el bombín antes de tiempo y el animal comenzó a perder aire y corría en las alturas como esas viejas de los carnavales haciendo chuiiiiff, chuiiiiff, chuiiiiff. Entonces fue cuando convocamos la segunda junta de médicos, acordando encumbrar la mesa y clavarla, pero dejando la parte de arriba pa'bajo para mayor comodidad de los comensales, y en vez de bajar el ave, subir a las visitas. Era un problema de alta matemática. Si esto es como comer pan, repetía *El Salustio*, frotándose las manos. La viejuca observaba la maniobra inclinando la cabeza. Subimos la vajilla.

—Los platos los vamos a pegar en el techo con cola fría —fue el acuerdo.

—Mejor sería con el claite —le agregué, pa que la conversación adquiriera más seriedad técnica. Con la ayuda de la polea terminamos por arreglar el tinglado, dejando sujetas las sillas con cuatro vientos de alambre de gallinero.

—Tengo toda la impresión —dijo la vieja con malicia— que ustedes han estado estudiando decoración de interiores y se están haciendo los disimulados conmigo.

Después aceitamos el huinche de una grúa que se nos ocurrió armar con el motor de la juguera y el de la máquina de coser. Hicimos llamar a las visitas. Las colocamos en una custión que parecía bandeja y era la tapa de la lavadora. *El Salustio*, para impresionar a las visitas, dijo:

—Hay que equilibrar las fuerzas centrípetas con las centrífugas. Mucho con las centrífugas.

La mujer partió, pegándose ni que medio porrazo en el techo por un pequeño error en el cálculo que hicimos, siempre confiados en la multiplicancia, cuando es un hecho que sólo le pegamos a la suma y resta con la ayuda de los dedos. La vieja quedó atornillada como esas fotos de los arqueros del fútbol que aparecen en los diarios los días lunes con las manos en alto.

—Va a salir un poco improvisada la comida —dijo la dueña de casa, disculpándose con una sonrisa que trató de tapar con la mano en el mismo momento en que ubicamos al otro invitado en la catapulta para que se colocara en órbita junto a su mujercita. Los comensales quedaron con el cogote al revés, pero la sangre les circulaba de lo más bien, porque un rato estaban como tomates y después parecían esos fiambres de la Morgue de color verde zapallo;

—Ahora —anunció *El Salustio*, con su acostumbrada torpeza— viene la prueba de la muerte.

—La cena está servida —tuve que agregar al vuelo—. La gente puede empezar la comilona.

El compadre improvisó el tambor con una cacerola y varias cucharas de palo imitando el ruido de esos instrumentos de la banda de los circos cuando el trapecista está que se manda al suelo, allá arriba en la cuerda floja.

—Esto es divino —dijo la invitada—. Cuando se lo cuente a mis amistades no lo van a creer.

—En mí vida había asistido a una fiesta tan singular —agregó su marido, que también estaba cabeza abajo.

*El Salustio* me sopló:

—Las dos viejucas andan de calzón colorado y tejido encima.

—Debe ser contra el reuma y el embarazo —traté de explicarle.

Cuando llegó la hora de los postres, ¿qué no se me ocurrió abrir un tarro de duraznos?

Empezamos por lanzar las torrejas como quien tira manteca al río.



—Falta la crema —exigió la dueña de casa, que debido al éxito de la reunión social se le habían ido los humos a la cabeza.

—Un momentito —pidió *El Salustio*, buscando el matamoscas—. Este invento —aseguró— lo vamos a patentar pa hacernos ricos este otro invierno. —Después de comprobar que le quedaba muy poco flit, llenó el estanque con la crema, cerrando el aparato—. Nadie se mueva —dijo, haciendo sonar la bomba y dando comienzo a una verdadera nevazón. Todo el mundo quedó más blanco que tela de buque.

—Lo único que falta es traer un pino —bromeó la visita— y ponernos a celebrar la Pascua.

El compadre, que siempre es tan bruto pa sus cosas, le preguntó al marido de la señora:

— ¿Cómo le dice a ella cuando está con toda la confianza?

—Las *tetas con trifulca* —le contestó, sin poder ocultar su legítimo orgullo—. Es el sobrenombre cariñoso que le tengo. ¿No me encuentra usted razón?

—Ni una palabra más —contestó el compadre, empezando a deletrear el alias encima de la torta—. Esto va a quedar con letras de molde —mientras resoplaba el matamoscas.

Después y sin mayores rodeos tiró el postre al techo y los comensales quedaron como pantrucas, pero un poco más pegajosos. A todo esto, el gato se había subido por la pared y empezó a lamer con tanto entusiasmo a los presentes, que poco a poco se les empezó a recoger la ropa. El animalito se entusiasmó con el lengüeteo a tal extremo, que si no es por nosotros que lo retiramos habrían muerto de asfixia con la ropa recogida hasta el cogote. Con decirles que el caballero quedó de pantalón corto debido a la humedad de la saliva.

—Ha sido una velada encantadora —reconoció *Las tetas con trifulca*—, pero se ha hecho tarde; tenemos que retirarnos.

Le dije al *Trúbico*:

—No nos queda más remedio que aplicar las leyes del movimiento continuo pa sacarlos de su órbita.

— ¿Usted dice contraer las presiones pa ir en aumento de la demanda de la atmósfera de los polos?

—Claro. Pa que se produzca el desacople de los extremos.

— ¿De derecha o de izquierda? .

—Teñimos que hacer pasar el eje por la mitad de la casa.

— ¿Pa qué? —preguntó *El Salustio*, aumentando la curiosidad de los presentes.

—Pa que se produzca la succión altisonante de la combustión y la vieja salga como peo por la ventana.

-Ahh.

Los astronautas habían dejado de hablar por la ausencia total de oxígeno. Los ojos parecían bolones que dejaban sus órbitas para dar bote otra vez a su regreso.

—Ajuste por este lado.

—Hay que apernar el ñicle con el teclé.

—U sea el tucle con la ñipla.

—Perfecto.

—Córrase un poco pal lado del emboque.

Hicimos pasar por el centro de la casa el eje más grande, que improvisamos con el mástil metálico y los durmientes de los somieres, que eran del mismo material, apoyados por la tapa del piano y el biombo.

—Dónde le ponimos el pararrayos —porfiaba *El Salustio*, para deslumbrar aun más a las visitas. Soltamos los cimientos, los tornillos que sujetaban los andamios, sin darle importancia a la maniobra, y la casa se empezó a elevar igual que esos volantines cucarros, oiga, y nosotros le seguíamos dando la cuerda como esos autos viejos que necesitaban de la manivela para tomar la fuerza y producir el encendido de los motores.

Cuando miramos pa dentro de las rejillas, los comensales estaban pegados a la pared y sólo la cola del gato parecía servir de señalizador al vehículo espacial.

—Ha llegado el momento de abrir la ventana —confirmó *El Salustio*.

A la otra vuelta la gente comenzó a salir como escupo, coloradas al rojo vivó, porque se notaba que el calentamiento de las extremidades había sido el caballo de grande, y mientras apretaban

iban dibujando con el traste una humareda negra con chispas y el correspondiente olorcito a pescado frito.

De las visitas nunca más se supo. Un día apareció en los diarios el aviso en que un familiar de los desaparecidos estaba dispuesto á irse de gratificación si algún curioso daba la noticia sobre el paradero, vivos o muertos o heridos, en todo caso.

Pasaron los días y nada.

Como a los dos meses unos pescadores de San Vicente encontraron a *Las tetas con trifulca* bañándose de lo más prisca encima del chorro de una ballena que se había varado en la playa. Estaba escuchando el radioteatro de la Luchita Botto cuando llegaron sus familiares y le pidieron que se bajara. Pero ella los desconoció a todos.

—Yo soy, para que sepan —explicó desde las alturas—, damnificada del terremoto de Valparaíso, año 1904.

—Mentira —le contestó el tío carnal—. Tú eres la bien llamada *Tetas con trifulca*, que para más señas tiene un lunar encima del ombligo, debajo de la cesárea.

La afectada se miró el pupo y era cierto. Pero le vino otra vez la amnesia y hablaba puras cabezas de pescado, hasta que la ballena cortó el chorro y la señora aterrizó, enterrando su humanidad en la arena y diciendo:

—Soy una turista que anda por el África haciendo la viaje para olvidar al tirifilo que me prometió matrimonio, porque se interesaba por mi dote y la pechuga también —acotó por lo bajo—.Después se hizo humo y nunca más se supo.

Al regresar a nuestro taller, procedimos a sacar la plancha, porque, mal que mal, uno tiene su prestigio. Y como dijo *El Salustio*:

—Por el hecho de haber cometido el error no vamos a permitir que la gente se burle de nosotros, apuntándonos con el dedo mientras nos gritan: ¡Ahí van los curaditos que inventaron la máquina de Mardones!

\*\*\*\*\* \*\*\*\*\*

## ÍNDICE

El autor.....	5
A quién le interese.....	9
1. Cuando son contratados para cambiarles el color a los congrios negros en el galpón de <i>La cicatriz con eco</i> en el puerto de San Vicente .....	13
2.Cuando <i>El Salustio</i> llega a un hotel buscando pieza para acostarse con una perica y entabla amistad con el marinero Subiabre y su mujer, la Margarita, madre de la guagua, y terminan como padrinos... ..	37
Seis de la tarde.....	39
Once y cuarto de la noche.....	57
Dos y media de la madrugada.....	69
3. Cuando <i>El Trúbico</i> intenta darle un giro distinto a su negocio y en compañía de <i>La chalupa pi</i> empieza a fabricar ataúdes de medida, para mal de los difuntos y también de los deudos .....	105
4. Cuando <i>El Salustio</i> y <i>El Trúbico</i> demuestran sus conocimientos científico-electrónicos y arreglan una olla a presión, dejando la escoba correspondiente.....	129

'Este cuento fue adaptado al teatro y representado por el ICTUS con el título de "Tercera espera".

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la EMPRESA EDITORA NACIONAL QUILMANTU LTDA., Bellavista 0153, en el mes de junio de 1973. Edición de 50.000 ejemplares. Hecho en Chile — Printed In Chile